



SILVER KANE

ATAUD B-4

1.ª EDICIÓN
ABRIL - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 5152 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 1052/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

- En Colección BISONTE:
715. — Tumba para todos.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
606. — Un regalo para el muerto.
- En Colección BUFALO:
420. — La dama negra.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
259. — La salud del muerto.
- En Colección CALIFORNIA:
283. — La hora de los demonios.
- En Colección COLORADO:
208. — Su último desafío.
- En Colección KANSAS:
159. — Llegó para matar.
- En Colección ASES DEL OESTE:
147. — El ángel y el demonio.
- En Colección BRAVO OESTE:
67. — El paso de Satán.

ATAUD B-4

por
SILVER KANE



UNO

Fue una auténtica casualidad que yo estuviese aquel día en el depósito de cadáveres.

Procuro no ir nunca a ver a mis amigos muertos, porque luego los recuerdo siempre con los ojos cerrados y la boca tiesa, y eso me parece desagradable para ellos y para mí. Pero esta vez no pude impedirlo. Johnny mismo me había pedido que fuese a verle. Me lo había pedido antes de morir.

Para los que no conozcan a mi amigo Johnny ni hayan oído hablar de él, les diré que sus nombres completos eran Johnny Diccenta Strauss, que tenía veinticinco años cuando todo aquello ocurrió, y que había sido ejecutado poco antes en la muy honorable, muy respetable y muy temida «silla de las grandes solemnidades», en la prisión de Sing-Sing.

No, no parezca extraño a nadie que a pesar de todo yo fuese algo amigo de Johnny.

Hay hombres que acaban mal porque son perversos, y hay otros que acaban mal porque son inconscientes y débiles de carácter. Johnny Diccenta pertenecía a este segundo grupo.

Todo empezó para él cuando se lió con una pájara que le llevaba siete años, había dado cuatro veces la vuelta al país (cada una de ellas con un hombre distinto, pagando todos los gastos el otro) y sabía usar ropa interior de la mejor calidad. Eso de la ropa interior traía loco a Johnny, que en el fondo seguía siendo un niño de catorce años.

Cuando necesitó dinero asaltó a un pagador de Correos y le robó dos mil dólares. Esa suma se le fue pronto y decidió asaltar entonces a un pagador de Banco. Éste iba armado, y Johnny lo tuvo que liquidar con un instrumento brutal que ya usaban los *gángsters* de los años 30: un punzón de partir hielo.

Johnny Diccenta fue cazado, se le aplicó el calificativo de «perro sarnoso» —lo cual quería decir que los agentes tenían orden de tirar a matar en caso de intento de fuga— y fue condenado a muerte. La Corte de Apelación y más tarde el Tribunal Supremo confirmaron la sentencia.

Y ahora yo estaba allí, en el depósito de cadáveres, que iba a ser la penúltima morada de Johnny.

La pájara también estaba allí, esperando.

Se había puesto un vestido negro que sentaba muy bien a sus curvas, dejaba que unas puntillas asomasen por debajo de la falda y lucía unas medias de intensa costura negra. Como era alta y relativamente joven, creo que todos los que estábamos allí llegamos a olvidarnos de los muertos.

A Johnny lo habían asado poco antes, pero me acababa de asegurar uno de los testigos de la ejecución que aún tenía un aspecto bastante respetable.

Lo habían vestido, además, con el traje de los días de fiesta.

Exhibí la autorización al encargado del depósito y éste dio una orden a dos subalternos.

—Sacad el ataúd

B-4.

Los seguí a la inmensa sala donde estaban los frigoríficos. La amiga de Johnny iba delante de mí, contoneándose, empeñada en que yo olvidase la muerte. Entramos en la sala, que era en realidad un inmenso cementerio.

Los ataúdes estaban colocados en grandes cajones empotrados en un armario, los cuales recibían aire helado continuamente. He oído decir que un prójimo puede conservarse allí perfectamente hasta un año. Vi claramente las letras rojas escritas en el ataúd de madera blanca cuando lo sacaron del fúnebre armario:

B-4.

Pensé que es macabro terminar sólo con esas iniciales, como un submarino al que envían al desguace.

Pregunté:

—¿Por qué lo han puesto ya en el frigorífico? Hace muy poco que Johnny Diccenta ha muerto.

El empleado me miró socarronamente.

—Es el reglamento. No queremos que los muertos suden.

Además, ¿cuánto tiempo iban a tardar en retirarlo? A veces, los cuerpos de los condenados a muerte no se los lleva nadie.

—Yo tengo autorización para enterrarlo. Me lo pidió él.

—¿Dónde está esa autorización?

—Se la he entregado a su jefe.

—Bueno, voy a recogerla.

—¿No puedo, mientras tanto, ver el cadáver?

—¡Oh, claro!

El ataúd fue alzado hasta una mesa, y se echó a un lado la tapa. Vi que al testigo de la ejecución había estado en lo cierto.

Johnny tenía aún un aspecto bastante respetable, aunque presentaba quemaduras detrás de las orejas. Le habían vestido un traje oscuro propio de los días de fiesta. Su expresión era dulce, a pesar de todo, y tenía cara de buen chico que se ha quedado dormido en el banco de una iglesia.

Pensé en su madre, no sé por qué. En su madre, que quizá estaría ahora efectivamente en una iglesia, rezando por él.

La pájara se creyó en la obligación de llorar un poco. Y luego, como si no pudiera sostenerse, se sentó en un largo banco de mármol adosado a la pared, pero tuvo buen cuidado de cruzar las piernas.

Lo sentí por Johnny, porque no pude concentrar bien en él mis pensamientos.

El empleado volvió diciendo:

—Todo está conforme.

—¿Entonces lo puedo disponer todo para llevármelo?

—¿Por qué no? Lo único que tendrá que hacer ahora es firmar un recibo y entregarnos luego copia del acta de sepultura. ¿A qué cementerio piensa llevarlo, si no es un secreto?

—Al de Brooklyn.

—Pues buen provecho.

En aquel momento llegaron los otros hombres.

Me fijé bien en ellos porque sus pasos repercutían en el silencio de la inmensa sala, y porque a pesar de haber allí otras dos personas, mi soledad me parecía sobrecogedora. Los vi llegar por el pasillo con lentitud de fantasmas. Eran tres.

Uno iba vestido como un clérigo, pero no católico, sino de alguna secta protestante difícil de determinar. Llevaba un

inmaculado traje negro, pero su peto era azul. Tenía la mirada profunda, perdida en el vacío, y sus sienes eran blancas.

Los otros dos tenían el aspecto gris, indiferente, apagado, sin esperanzas, de dos oficinistas que llevasen veinte años cobrando el mismo sueldo.

El clérigo señaló el ataúd y dijo:

—Ése es el cadáver.

Yo no hablé hasta que vi que se acercaban al ataúd con aire de propietarios. Entonces pregunté:

—¿Qué quieren ustedes?

Uno de los dos tipos con aspecto de oficinista me miró.

—¿Y usted?

—Yo conocía a Johnny Diccenta. El me cuidó una vez, estando enfermo, y me hizo varios favores. Por eso no pude negarme cuando me pidió que me hiciera cargo de su cadáver una vez lo ejecutasen.

—¿Hacerse cargo de su cadáver? —preguntó el clérigo dulcemente—. Es de verdad extraño.

—¿Por qué?

—Porque nosotros tenemos que hacer lo mismo.

Parpadeé. La de las puntillitas en la falda empezó a gemir diciendo que hasta se peleaban por el cadáver de su Johnny.

—Perdone —susurré mirando al clérigo—, ¿pero quién es usted?

—Pertenezco a los anabaptistas de Harlem. ¿No sabe usted que Diccenta frecuentaba nuestro templo?

—Hace años sí, pero últimamente...

—Últimamente debió acordarse de sus tiempos juveniles, y entró en la vereda de la razón. Por eso nos escribió diciéndonos que nos hiciéramos cargo de su cadáver. Veá.

Me mostró una carta de muy pocas líneas que, en efecto, estaba escrita con la letra de Johnny. En ella rogaba que, después de ejecutado, lo sepultasen en Harlem.

—No tiene sentido —murmuré.

—¿Tiene usted alguna autorización? —me preguntó el anabaptista.

—Sí. La del alcaide de
Sing-Sing.

—Pero el alcaide de
Sing-Sing

no es Johnny Diccenta.

—Johnny hizo su petición verbalmente ante un funcionario del penal. Además, a mí también me lo había pedido.

—Debió cambiar de intención en los últimos minutos, al escribarnos esta carta.

—Sí, pero...

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica usted?

La voz del clérigo era dulce. No ofendía.

—Escribo reportajes policíacos y novelas. Me llamo Silver Kane.

—¿Pertenece usted a los anabaptistas?

—No.

—¿Y no cree que es más digno que del cadáver se haga cargo un sacerdote, aunque usted profese otra religión?

La cosa, dicha así, no podía ser más razonable. Un muerto siempre está mejor en compañía de un sacerdote que de un novelista, eso es evidente. De modo que hice una señal de asentimiento.

—No puedo negarme.

—Es usted la mar de razonable, gracias —dijo uno de los hombres—. Por cierto, leí hace tiempo una de sus novelas y no me gustó nada, pero ahora me la volveré a tragar, por si estaba equivocado.

—No estaba usted equivocado —dije—. El editor ya me ha amenazado dos veces con estrangularme.

—¿Podemos llevarnos el cadáver? —preguntó el clérigo, mirando al empleado del depósito.

—Tendrán que llenar una ficha y depositar en las oficinas la carta que traen.

—¿Por qué no?

El anabaptista fue tras el empleado, y los dos tipos y yo quedamos solos. Uno de los tipos oyó los llantitos de la mujer sentada en el banco, y miró hacia allí. Puso ojos de huevo frito. El otro miró también, y por su cara yo pensé que sólo por tener a aquella pájara se hubiera puesto en el lugar de Johnny. Pero ésa es una suposición mía.

Si los ojos hubieran tenido dientes, a aquella mujer en diez minutos no le quedan piernas. Los dos tipos aquéllos ya no parecían dos oficinistas sin esperanza, sino dos dueños de oficina con un

talonario de cheques. Por fortuna, el clérigo llegó pronto.

—Todo arreglado —dijo.

—¿Han avisado a la funeraria? —preguntó el empleado, que venía detrás.

—La furgoneta de nuestro templo está ahí fuera.

—Bien. Otra cosa.

—¿Qué?

—No cambien el ataúd.

—¿Por qué?

—Éste les puede parecer demasiado grande y feo, pero es el reglamento. Su amigo ha sido ejecutado legalmente, y debe reposar en un ataúd pagado por la Administración. Lo único que nosotros hacemos es dejarles el cuerpo a ustedes para que cumplan las formalidades del entierro, pero sigue estando bajo nuestra responsabilidad. Por ello tendrán que entregarnos una copia certificada del acta de sepultura.

—De acuerdo. El ataúd es feo, pero si no podemos prescindir de él lo conservaremos.

El empleado anotó:

«B-4».

Vi cómo entre los tres cerraban cuidadosamente el ataúd y de pronto se me ocurrió preguntar:

—¿No podría acompañarles?

Todos me miraron como si yo fuese una especie de bicho raro.

—¿Por qué?

—Ustedes son tres. Para llevar un ataúd, resulta mucho mejor hacerlo entre cuatro.

—Un empleado nos ayudará. Ya contábamos con eso.

—Es que hay otra razón.

—¿Cuál?

—Me sabe mal despedirme así de Johnny. Conmigo fue un buen muchacho, después de todo. Me parecería más decente acompañarle, por lo menos, hasta el cementerio de Harlem.

—¿Por lo menos? —preguntó uno de los tipos—. Es que «más» allá ya no puede acompañarle nadie.

—Nuestros cultos son privados —dijo el clérigo.

—A pesar de todo...

—Está bien —dijo sonriendo—, puede ayudarnos. Después de la

salida del templo, puede también cargar el ataúd en la furgoneta. ¿Qué le parece?

—Es suficiente.

Cargamos el ataúd entre los cuatro y lo introdujimos en una furgoneta negra que parecía haber sido concebida únicamente para transportar muertos. Verla, quitaba el apetito.

La pájara vestida de luto se quedó gimoteando, pero no descruzó las piernas. Los dos tipos con pinta de dependientes la miraron de tal modo que por poco nos hacen tropezar a todos.

Una vez cerrada la furgoneta, la seguí en mi automóvil hasta los últimos extremos de Harlem. Allí, en una calle de tapias bajas, sin apenas edificios, había un viejo templo de ladrillos con una extraña alegoría religiosa en la entrada. Tenía un aspecto triste, sórdido, abandonado, que hacía pensar sin saber por qué en lo que hay más allá de la muerte.

Nadie nos esperaba. La puerta estaba cerrada, y el clérigo la abrió con una llave.

—¿Entra? —me preguntó.

Recordé que a los católicos se nos prohíbe entrar en otra clase de templos, e hice un signo negativo, sonriendo.

—Muchas gracias; les esperaré aquí.

—Como le plazca.

Cargaron el ataúd, y yo les ayudé hasta la puerta. Me parecía que era lo último que podía hacer por Johnny, y que estaba obligado a ello. Luego, la puerta se cerró.

El oficio religioso dentro del templo duró aproximadamente un cuarto de hora.

Me di cuenta de que por aquella calle de Harlem apenas transitaba nadie. Los barrios populosos y alegres estaban mucho más abajo, más al sur. La calle en que me encontraba ahora daba la sensación de un lugar no terminado todavía, donde la gente no se atreviese a vivir. El templo, entre las vallas medio derruidas, daba la sensación de uno de esos locales en los pueblos abandonados del Oeste que, entre las calles desiertas, aún se mantienen milagrosamente en pie.

Bajo la alegoría religiosa de la entrada, unas letras metálicas decían: «Cultos privados». A aquel templo debía ir muy poca gente. Otra puerta, un poco más allá, en el mismo edificio, decía: «Museo

Antropológico».

Pero también estaba cerrada.

Ya empezaba a impacientarme cuando el templo se abrió, y los tres hombres aparecieron con el ataúd auestas.

El sol daba de lleno en sus rostros cansados, extrañamente amarillos. El clérigo sudaba.

Me adelanté hacia ellos.

—Voy a ayudarles —ofrecí.

—No es necesario. Podemos.

—No puedo consentirlo. Ustedes son tres. Permítanme.

Casi a la fuerza me coloqué en la parte trasera del ataúd, y ayudé a cargarlo en la furgoneta.

Cuando estuvo dentro, el clérigo la cerró.

—Gracias —dijo—. Ha sido usted muy amable.

—No merece la pena. ¿Van ustedes directamente al cementerio?

—Sí.

—Les deseo un buen viaje, dentro de lo que cabe.

Partieron, y yo me quedé en la calle, quieto y sólo bajo el sol, encendiendo un cigarrillo.

Mi mano temblaba; temblaba tanto que tuve que gastar tres fósforos para prender fuego al cigarrillo.

No comprendía cómo me había sido posible disimular hasta aquel momento.

Yo sé distinguir como cualquier otro cuándo una cosa pesa más y cuándo pesa menos. Antes había ayudado a cargar el ataúd de Johnny. Ahora también.

Pero ahora pesaba casi el doble. Y el peso estaba repartido de una manera uniforme.

Sentía la garganta seca sólo al pensarlo.

Se habían llevado dos cadáveres en él.

NOTA DEL EDITOR. —Cuando el novelista Silver Kane envió el breve relato que antecede, hubo de ser devuelto porque no se trataba de una novela ni en modo alguno resultaba publicable. Sin embargo, en una breve carta, insistió en que lo conservásemos.

Poco más tarde nos enviaba el relato que insertamos a continuación. La relación entre ambos pronto la apreciará el

lector, aun cuando el novelista ya no intervino en los hechos, porque éstos fueron desarrollados por dos mujeres... y un ataúd.

DOS

La oficial femenino de prisiones tendió su cartilla a la recluta número 4158.

—Toma. Firma aquí.

La 4158 firmó.

Tenía unas manos finas y delicadas, que la oficial de prisiones estuvo mirando mientras manejaba la pluma. Miró también el cuerpo esbelto de la mujer, ceñido por su traje chaqueta gris. La 4158 tenía las caderas anchas y altas, de modo que su cintura cimbreante parecía cabalgar sobre un mundo sólido y lleno de promesas. La oficial de prisiones siempre había envidiado aquello, aquel cuerpo prodigioso que ella no tendría nunca.

Pero, en cambio, no envidiaba la cara.

La miró a los ojos y preguntó:

—¿Qué harás ahora?

La 4158 tenía unos ojos profundos, fijos, inquietantes.

—No lo sé.

—Tienes buen aspecto.

—¿Sí?

—A ver. Retírate el cabello.

Los labios de la 4158 se fruncieron en una mueca.

—Váyase al infierno.

—No ha mejorado tu mejilla, ¿eh?

—Ya no soy la 4158, sino Betty Taylor. He obtenido mi libertad. Por eso le repito: ¡váyase al infierno!

La oficial de prisiones miró con complacencia el cabello negro que cubría enteramente toda una mejilla de la 4158, estilo Verónica Lake. De la mejilla no se veía nada.

—¿Qué tal la marca que te dejó tu amiguito? —preguntó burlonamente—. ¿Aún tienes aquellos agujeros en media cara?

—¡Cállese!

La oficial se limitó a sonreír.

Tendió un volante numerado a la 4158, que ahora volvía a ser Betty Taylor.

—Tus cosas. Recógelas en conserjería antes de salir. O si quieres, déjalas, porque vas a volver pronto.

—¿Usted qué sabe?

La oficial se encogió de hombros y se asomó a la ventana mientras la reclusa salía. Abajo esperaba un «Oldsmobile» azul con, al menos, dos hombres dentro. Seguro que los que aguardaban no eran miembros de la Liga para la Protección de Huérfanas.

Betty Taylor, acompañada siempre por una celadora, llegó al departamento de conserjería.

—Mis cosas.

La oficial recogió el volante numerado.

—Te han dado suelta, ¿eh?

—¿Le sabe mal?

—Me revientan los de la Junta de Libertad Vigilada. Dentro de dos meses volverás a estar aquí.

—Y otra vez me volverá a sacar la Junta.

—No hay como saber cruzar las piernas a tiempo —dijo la oficial, rencorosamente—. Aunque con esa cara...

—¿Qué pasa con mi cara?

—Bueno, ya está bien de imitar a Verónica Lake, Ha pasado de moda.

—Si tengo media cara quemada, ¿qué le importa?

—Nada. Era simplemente que tenía ganas de decirlo.

—Siempre he pensado que las mujeres que se ofrecen a vigilar a otras mujeres son las peores de todas.

—Andando. Menos charla.

La oficial puso sobre el mostrador un paquete que desenvolvió ante los ojos de Betty Taylor. Había allí algunas prendas de vestir, un bolso de piel de cocodrilo de primera calidad, un llavero, un estuche de tocador y un billetero vacío.

—¿Está todo?

—Sí.

—Pues firma el recibo y lárgate.

La 4158 firmó el recibo y se largó.

Exhaló un lento suspiro cuando se encontró en la calle, tibia

bajo el sol de la mañana, una vez se hubieron cerrado a su espalda las puertas de la cárcel.

El «Oldsmobile» azul puso el motor en marcha y llegó justamente hasta el lugar donde aguardaba ella.

—Sube.

Un tipo grueso, con la mandíbula inferior algo caída, se sentaba al lado del conductor. Betty lo conocía. Era Kid Janiro.

Ella preguntó:

—¿Atrás?

—No. A mi lado.

Kid Janiro se retiró sobre el diván delantero, dejando un puesto libre junto a la puerta. Betty subió. Al hacerlo, no se preocupó en absoluto de evitar su exhibición de piernas.

—¡Vaya! —Gruñó Kid—. Veo que en la cárcel también usáis medias finas.

—Éstas no son las reglamentarias.

—A ver.

Betty le contempló con indiferencia.

—¿Cómo me has reconocido? A ninguno de vosotros os había visto nunca excepto a ti, Kid. Pero tú no me viste a mí entonces. Es la primera vez que me echas el ojo encima. Repito; ¿cómo me has reconocido?

—Conan nos hizo una estupenda descripción tuya, y además hemos visto aquella foto.

—La foto está tomada de lejos. No sirve para nada. ¿Crees que con esta cara iba a consentir que me fotografiasen de cerca?

La parte que cubría el cabello quedaba junto a la ventanilla. Por eso Kid no podía verla bien.

—Sí, ya me han contado. ¿Se puede tocar?

—¿Te refieres a las que no son de reglamento?

—No. Las quemaduras, para ver si son auténticas.

—¡Estúpido!

Kid Janiro lanzó una carcajada.

Dio un codazo al que manejaba el volante, y éste soltó el embrague para que el automóvil se pusiese lentamente en marcha.

Rodaron a poca velocidad hasta la próxima esquina, pasada la cual aceleraron.

—Bueno, vamos a hablar en serio —dijo Kid, poniéndole una

mano sobre la falda—. ¿Estás dispuesta a trabajar?

—Necesito trabajar.

—Verás a Harvey hoy mismo.

—Harvey tampoco me conoce.

—Es igual. Conan responde por ti. ¿Qué te pasa?

—Nada.

Al doblar la esquina, Betty Taylor había quedado repentinamente pálida.

Kid Janiro miró con extrañeza a la persona que la había alterado así.

Y se extrañó porque era simplemente una muchacha.

Una muchacha con unos libros.

TRES

La muchacha de los libros no era ya, en realidad, una muchacha; tenía veintidós años.

Pero se había calzado zapatos bajos, usaba medias un poco gruesas de colegiala, llevaba un tres cuartos de ante y los libros. Cualquiera hubiese podido confundirla con una universitaria de primer curso.

Kid Janiro también.

Hizo un gesto de indiferencia, mirando al conductor, y gruñó:
—Acelera.

La muchacha, o mujer más exactamente, cruzó la calle cuando el «Oldsmobile» azul hubo desaparecido.

Penetró en un edificio que estaba al otro lado de la calzada, un viejo edificio de dos plantas sobre cuya fachada campeaba un letrero, diciendo: «Honorable pensión de la señora Scott».

La mujer sabía que aquella pensión no era honorable ni nada parecido, porque casi todas las clientes de la señora Scott eran mujeres recién salidas de la cárcel, que antes de regresar a Nueva York se acostumbraban allí a la libertad durante un par de días. A veces recibían allí a sus amigos. La señora Scott era muy tolerante.

La mujer atravesó el portal, abrió una puerta de cristales donde estaban grabadas las letras «Honorable pensión», y subió unas viejas escaleras hasta el segundo piso.

Entró en la habitación número veintiocho, sin preocuparse de llamar.

Instantáneamente, sus párpados sufrieron una sacudida.

No había nada anormal en la habitación, donde el orden era perfecto, pero los ojos de la mujer se habían fijado en un gran ramo de flores situado junto a la ventana.

Entró, cerrando la puerta.

Inmediatamente alguien que había estado acechando, oculto tras

la hoja de madera, se abalanzó sobre ella y le tapó la boca mientras con la otra mano le golpeaba la nuca.

La mujer recibió el impacto, pero no perdió el sentido. Sus rodillas se doblaron, y cuando pareció que iba a caer arqueó bruscamente la espalda, mientras sujetaba con las dos manos los dedos que taponaban su boca. El hombre, sorprendido, saltó hacia adelante, por encima de los hombros de la mujer, antes de darse cuenta de lo que ocurría. Fue a caer sobre la cama, desde donde su cuerpo salió proyectado hacia arriba. Antes de que pudiera defenderse, la mujer le sujetó por la muñeca derecha, lo volteó otra vez, ahora sobre el suelo, y cuando el hombre estaba caído, le puso bruscamente la rodilla sobre el cuello.



***Norma Tucson volteó al hombre por encima
de su cabeza...***

El lanzó un ronco gemido.

Sabía que si la mujer dejaba caer todo su peso sobre el cuello, apoyándose en aquella única rodilla, le dejaría estrangulado en pocos segundos. Pero la mujer no lo hizo.

Por el contrario retiró la rodilla, sin preocuparse de la posición

de su falda, descendió la cabeza, hasta colocarla junto a la del hombre, y besó a éste en los labios.

—Hola, Nick.

Nick se estremeció al contacto de aquella boca.

—¿Quién eres? ¿Cómo me conoces?

—Tú eres el novio de Mónica. Un guapo muchacho, pero bastante estúpido. Cuando quieras dar a alguien un golpe en la nuca, no le sujetes la cabeza con la otra mano porque así no puedes dar impulso al brazo que golpea.

A él parecía faltarle la respiración.

—¿Por qué me has besado?

—¡Oh! No tiene importancia. Siempre he pensado que Mónica había tenido mucha suerte.

—Es que... Bueno... ¿Dónde me viste?

—Un par de veces de las que has salido con Mónica os he podido contemplar a mi gusto. Y no estás nada mal. Tienes unos hermosos hombros. A ver, ponte en pie.

Ella se levantó, dejándolo libre del todo. El se puso en pie seguidamente, sintiendo una confusa vergüenza al verse contemplado y analizado por ella de parecido modo a como un hombre contemplaría a una mujer.

—Sí, eres un guapo muchacho —reconoció ella—. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintitrés, por ejemplo? Eres un crío. Anda, recoge mis libros.

El los levantó, poniéndolos en una mesa. Se dio cuenta de que eran libros de Medicina, aunque no pudo leer con detalle los títulos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al fin.

—Norma.

—¿Y dices que conoces a Mónica?

—Soy una de sus mejores amigas.

El extrajo un cigarrillo y fumó ansiosamente. Estaba tan nervioso que hasta le temblaban los dedos.

—Nunca me había hablado de ti.

—Lo comprendo. No soy, digamos, una chica recomendable. Mucha gente me tiene manía.

—¿Se avergonzaba Mónica de ti? ¿Cómo podía avergonzarse si ella había estado en la cárcel?

—No me gusta que la gente hable de mí —explicó Norma—. Y le

había rogado a Mónica que no lo hiciese.

El seguía fumando ansiosamente su cigarrillo.

—Al entrar tú, he visto que hacías un gesto de sorpresa por no ver a Mónica aquí. Sin duda esperabas encontrarla. ¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Ni idea?

—Bueno, una leve idea sí. A Mónica le ha ocurrido algo.

—¿Cómo lo sabes?

Ella señaló con el mentón el florero, mientras encendía otro cigarrillo que chupó con sus labios gruesos y golosos.

—Con Mónica teníamos unas señales establecidas, una especie de código secreto. Todo consistía en ese jarrón con flores artificiales, que ella tenía sobre la cómoda. ¿Ves? Sobre la cómoda, debajo del jarrón, había siempre ropas o algún objeto personal, de modo que el jarrón tuviera que retirarse. Ella, con un gesto natural, para retirar esas prendas personales, levantaba el jarrón y lo colocaba junto a la ventana. Ésa era la señal de que se la habían llevado a la fuerza.

—Pero aquí no hay ningún signo de desorden... Y si le han permitido llevarse objetos personales...

—Se la han llevado amenazándola con pistolas, pero sin golpearla. Ha sido un rapto con buena educación, por decirlo así. Caso de haber intervenido violencia física, ella habría procurado volcar el jarrón para avisarme.

El dejó caer el cigarrillo al suelo, mientras sus dedos seguían temblando intensamente.

—¿Pero quién la ha raptado?

—No lo sé.

—¿Y por qué se la han llevado? —Todo el cuerpo del hombre sufrió un estremecimiento—. ¡Dios mío! ¿Por qué?

—Sin duda ella sabía algo que no interesaba se divulgase.

—¡Pero eso es absurdo! Desde que salió de la cárcel por aquel asunto del robo, ella no había vuelto a tratar con nadie. Es imposible que supiera algo comprometedor.

—Hay muchas cosas comprometedoras que se aprenden en la cárcel, y a veces sin querer tratar con nadie.

Dio una lenta chupada a su cigarrillo y añadió:

—Tú también tenías la sensación de que algo extraño había ocurrido, porque me has tratado como una enemiga nada más entrar.

—En la Infantería de Marina aprendí que hay que atizar primero y preguntar después.

—¿Aunque se trate de una mujer?

—Una mujer, con las tretas del judo, puede ser tan fuerte como cualquier hombre. Y, desde luego, siempre es mucho más astuta.

Una línea de preocupación sé marcaba en la frente del hombre. Pero esa línea era aún más intensa en la frente de Norma.

Nick se dio cuenta, ahora, al mirarla con más calma, de que era irresistiblemente bonita. Tenía las piernas largas, bien torneadas y elásticas. Las caderas anchas y rotundas. Su busto no era excesivamente pródigo, pero se adivinaba juvenil, tenso y duro. Tenía los labios gruesos, los ojos verdes como los de una gata y los cabellos de un hermoso y extraño color rubio ceniza.

A pesar de sus zapatos bajos y sus medias demasiado gruesas, a pesar de su atuendo juvenil, aquella mujer tenía algo diabólico que hubiera sido difícil encontrar en cualquier otra mujer del mundo.

—¿Te llamas Norma? —repitió Nick—. ¿Norma y qué más?

—Norma Tucson.

—Tucson es una ciudad de Arizona.

—Casualmente yo nací allí.

El se acercó nerviosamente a la ventana. Sus ojos escrutaron a través de los cristales la luz un poco turbia de la calle.

—Hemos de encontrar a Mónica. Esa maldita señora Scott, ¿no habrá visto quién se la llevaba?

—La señora Scott nunca se entera de nada. Ni yo he visto a nadie al subir ni tú habrás visto a nadie tampoco. Dice que así está segura de ser discreta, y el ser discreta forma parte de su negocio.

—Pero debe existir alguna pista... Algún rastro... Algo.

—No hay tiendas por aquí enfrente. Y si alguien vio salir a Mónica dirá que la acompañaban, por ejemplo, dos hombres en un coche. Ellos no llevarían las pistolas en las manos, claro, sino en los bolsillos. Hasta parecerían unos buenos chicos llenos de amabilidad. Y nadie se habrá fijado en las placas de matrícula.

Norma se puso también en pie, acercándose a la ventana.

Junto al jarrón de flores había un pequeño aparato de radio a

pilas, y Norma lo conectó.

Estaban dando un boletín local de noticias. Un par de incendios, un atraco a una joyería y, sobre todo, muchos accidentes de circulación. Aquello no logró distraer los pensamientos de Norma. Cuando iba a desconectar, la voz de la locutora comunicó que un escritor cuyo nombre no había sido hecho público, había sido detenido en flagrante delito cuando intentaba forzar la puerta del Museo Antropológico, contiguo al templo anabaptista de Harlem. No había querido dar ninguna explicación de sus actos, alegando que la policía no iba a creerle.

Norma hizo un gesto de hastío.

—Escritores... Gente loca.

Además aquello no tenía ninguna relación con Mónica, ni podía tenerla.

—Pero tú sabes cosas de ella —siguió diciendo Nick, como aferrándose a una última esperanza—. Puedes tener alguna pista.

—Reflexionando bien, tengo una, pero no me atrevo a creer en ella.

—¿Qué es lo que sabes? Habla...

—Hoy ha salido Betty Taylor de la cárcel. La he visto. La estaban esperando.

—¿Quiénes?

—Kid Janiro y unos cuantos «torpedos» de los que dominan el «rackett» de las drogas en los sitios elegantes de Nueva York. Eso indica que Butler se ha puesto en movimiento.

—¿Quién es Butler?

—El jefe de Kid Janiro.

—¿Y qué tiene eso que ver con Mónica?

—No lo sé. Ya te he dicho que no lo sé ni creo que eso sea una pista. Pero una, con los años, termina creyendo en las coincidencias. Además, el «rackett» de las drogas está en todas partes. Puede que Mónica tenga algo que ver con él.

—¿Qué es exactamente un «rackett»?

—Me admira tu ingenuidad, dulce amigo mío —dijo ella con una suave sonrisa—. Muchos de los cigarrillos y las bebidas que tú habrás comprado han sido suministrados por un «rackett», pero tú no lo sabes. Un «rackett» es una organización, generalmente con un negocio en exclusiva para una zona determinada. Por ejemplo, el de

aquí es distribuidor de la droga. Toda la «mercancía» llega desde el Oriente Medio a través de Italia, y en París tiene su mercado distribuidor, pese a estar allí la sede de la Interpol. Pero en París no se vende, porque allí apenas hay gente que tenga el vicio de las drogas. Todo sale para los Estados Unidos, donde está el principal mercado consumidor. De la distribución de la droga entre los tarados de los barrios elegantes de Brooklyn, se encarga en exclusiva el «rackett» de Butler. Y hoy sus hombres han hecho unos movimientos desusados, pero no acabo de ver la relación.

—¿Cómo sabes tú todo eso? ¿Eres policía? No tienes aspecto.

—No soy policía.

—Entonces...

—He sido periodista durante un tiempo, pero abandoné la profesión, al menos de momento. Ahora estudio Medicina.

—Todo esto no tiene sentido... —susurró él, llevándose una mano a la frente.

—Las cosas, al principio, parecen no tener sentido nunca. Son como las partes de un rompecabezas, que cuando se ven dispersas dan la sensación de que no encajarán jamás. Pero tiene que haber alguna relación entre la salida de Betty Taylor, la aparición de Kid Janiro por aquí y la desaparición de Mónica. Tiene que haberla...

La arruga vertical seguía marcándose en su frente. Añadió:

—Pero Kid Janiro no puede haberse atrevido a raptar a nadie. Es demasiado conocido. En realidad no aparece en público, y por eso me ha llamado tanto la atención hoy.

—Esa tal Betty Taylor... ¿fue compañera de celda de Mónica?

—Es posible.

—¿Habrán contratado a Betty Taylor para algo en lo que Mónica pueda ayudarla?

—No.

—¿Cómo lo dices con tanta seguridad?

—Porque Betty es un monstruo.

—¿Cómo?

—Es un monstruo no sólo porque tenga media cara abrasada, la cual se tapa con el cabello. ¡Oh, no! Eso sería lo de menos. Es un monstruo por lo que hizo. Aún no entiendo cómo han podido dejarla suelta los de la Junta de Libertad Vigilada, aunque ella pueda disponer de los mejores abogados de Nueva York.

—Hablas con una sequedad que asusta. ¿Qué hizo esa pájara llamada Betty Taylor?

Ella intentó sonreír.

—Déjalo. No me gusta hablar de esas cosas. Cuando lo hago, me entran tentaciones de convertirme en verdugo.

—¿Pero qué hizo?

Norma pareció escupir la voz por entre las comisuras de sus labios.

—Era su especialidad. Raptó y asesinó a una niña.

CUATRO

Kid Janiro separó las persianillas que tamizaban la luz. A través de la ventana se veía claramente un edificio cuadrado, con un gran patio rodeado de árboles.

—Ése es —dijo.

—¿De qué edificio se trata? —preguntó ella con voz ronca.

—¿No lo ves? Una escuela.

Ella se pasó lentamente la lengua por los finos y delgados labios, que de repente parecieron perder un poco el color.

—¿Ése es el trabajo de que me había hablado Butler?

—Ése es.

—No me gusta.

Se apartó de la ventana e hizo un gesto de asco que torció extrañamente su boca.

Kid la sujetó por las caderas.

—Ven aquí.

La voz del hombre también se había vuelto ronca, pero cuando ella le clavó en la espinilla uno de sus finos y agudos tacones, Kid Janiro tuvo que soltarla.

—No me gusta ese trabajo —repitió ella—. La otra vez estuvieron a punto de enviarme a la silla.

—Pero no pudieron probarte nada, pequeña y dulce idiota. Y ahora los abogados de Butler han logrado la revisión del proceso, obteniendo de la Junta que te pusieran en libertad bajo palabra. Has estado en la cárcel apenas un año. Tu proceso se desarrolló a puerta cerrada, y ni siquiera permitieron la obtención de fotos o la asistencia de periodistas «porque, hasta la sentencia, eras una mujer honorable y no se podía consentir que los periodicuchos te difamasen», como dijo uno de tus defensores. Eso te demostrará que Butler sabe trabajar.

—Pero aún no he comprendido por qué le molestaba aquella

niña.

—Fue una venganza por una jugada sucia que su hermanita le había hecho. Su hermanita tenía veintiséis años y era muy hermosa. Pero tenía detalles que no gustaron a Butler. Por eso tú te encargaste de hacer algo que la hiriera en su propia carne.

—Bueno, casi todo el trabajo lo hizo Conan. Además, él fue quién se entendió con Butler. A mí ni siquiera me vio. Por cierto, ¿cuánto pagó Butler a Conan por el trabajo?

—Ocho mil dólares.

Betty pareció escupir:

—Marrano.

—¿Por qué? —preguntó Kid, que parecía empezar a divertirse.

—El me habló sólo de cinco mil, y fuimos a partes iguales.

—Muy bien, pero ahora Conan está refugiado en las Rocosas y no puede venir por Nueva York en una temporada. Ahora todo el trabajo lo harás tú, y tú cobrarás el precio. Butler está dispuesto a pagar ocho mil dólares más, y al contado.

Betty se acercó de nuevo a la ventana. Ante la mención del dinero, su rostro parecía haber cambiado.

Ante sus ojos detallistas, acostumbrados a desmenuzarlo todo, la escuela apareció como en una fotografía ampliada, alumbrada con unos focos para que ella la estudiase.

—Esa escuela... —susurró.

—¿Qué pasa?

—¿No es la misma en la cual balearon al fiscal Morrison, el que estaba preparando una acusación gigante sobre el «rackett» de las drogas?

—Sí, es la misma.

—¿Tiene mi trabajo algo que ver con eso?

—No preguntes demasiado. Tú realiza tu tarea y cobrarás los ocho mil dólares. Luego te daremos, además, un pasaporte para el Canadá, desde donde podrás ir adonde te plazca.

Betty seguía mirando la escuela. Sus ventanas, sus puertas, todos los detalles del patio. Parecía un comando preparando el golpe, y en efecto, en cierto modo, Betty era como un comando especialmente preparado para el mal.

Sus cabellos oscuros le cubrían medio rostro.

—¿Cuándo hay que hacer el trabajo? —preguntó.

—Hoy mismo.

—¡Sí que tenéis prisa!

—No se puede perder tiempo. Tienes que estar fuera de la ciudad antes de que te visite el miembro de la Junta que ha de vigilarte.

—¿Y quién es la niña?

Kid le tendió unos prismáticos.

—Mira la tercera ventana de la derecha. Allí hay una clase. ¿No ves una niña rubia?

—Sí.

—Pues ésa es. Pero tranquilízate. No habrá dificultades de ninguna clase. Sólo tiene siete años.

CINCO

El teniente Sullivan, de la Brigada de Homicidios, pasó sin detenerse por el despacho donde estaban interrogando a un hombre.

Ese hombre parecía muy aburrido y apenas contestaba a las preguntas. El teniente lo miró superficialmente.

Entró en su propio despacho, cerró la puerta y puso los pies sobre la mesa para leer más cómodamente los informes. Apenas un minuto después entraba el sargento Bussy.

—Hola, teniente.

—Hola, Bussy. Ya te he visto ahí con ese pelma... No creo conocerle. ¿Quién diablo es?

—El novelista que pescamos cuando intentaba introducirse en el Museo Antropológico. Aquel que está junto al templo anabaptista de Harlem.

—Ya.

El teniente examinó los informes y estuvo unos minutos en silencio. Luego, preguntó distraídamente:

—¿Y qué dice?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Insiste en que no le creeríamos, y pide que le pongamos en libertad. Al fin y al cabo no tiene antecedentes.

—Lo que ese tipo quiere es que le detengamos de verdad para hacerse propaganda. Seguro que la necesita.

—Sí, pero yo ya me he olido el conejo y por eso no he dado su nombre al facilitar la nota de cada mañana a la Prensa.

El teniente extrajo un cigarro de a quince centavos, hecho seguramente con trapos, y le prendió fuego.

—Bueno... Puesto que lo que quiere es que le detengamos, vamos a ponerle en libertad.

—Correcto, jefe.

—Pero antes una cosa.

—¿Qué?

—Le hacéis ficha. Una ficha entretenida, ¿comprendes? No quiero que salga de aquí hasta la noche, para que le sirva de escarmiento.

—Comprendido. No saldrá.

Cuando el sargento iba a retirarse, y antes de que abriera la puerta, Sullivan preguntó:

—¿Cómo lo pescasteis?

—Hubo una denuncia.

—¿De quién?

—No quiso dar su nombre. Fue por teléfono, y el comunicante dijo sencillamente que estaba viendo cómo un hombre intentaba forzar la puerta del museo contiguo al templo. Enviamos un coche patrulla y pescamos al pajarito con las patas en el pastel.

El teniente pareció reflexionar unos instantes mientras chupaba desesperadamente de su puro de a quince centavos, que se negaba a tirar.

—Ya lo veo claro. Todo una cosa preparada para que le pescásemos y le detuviéramos. Cochina propaganda. Seguro que ese tipo quiere que contraten sus argumentos para la televisión. Repito; le hacéis una ficha que dure hasta la noche y luego le dais suelta.

—Comprendido, jefe. Además, los periodistas no me van a sacar su nombre ni aunque me lo cambien por una foto de esa nueva... ¿cómo se llama esa italiana nueva? ¡Ah, sí! Mi mujer por poco me la pone el otro día por tapadera. Claudia Cardinale.

—Otra cosa, sargento.

—¿Qué hay?

—He estado ojeando este informe sobre la escuela Madison. Lo han enviado desde la Brigada de Información y es muy completo.

—¿La escuela Madison no es aquélla en la que balearon al fiscal que preparaba un informe sobre el «rackett» de las drogas?

—La misma.

—¿Y qué ocurre con ella?

—Hay cinco agentes destacados allí.

—Lo ignoraba.

El teniente arrojó rabiosamente el puro a la papelera, en vista de

que no tiraba. Pero, al caer, el puro empezó a tirar inmediatamente como un condenado. Varios papeles se incendiaron, y entre los dos policías tuvieron que apagarlos a puntapiés.

Luego el teniente se calmó.

—Imaginaba que usted no sabría nada —dijo al sargento—. Ha sido una cuestión mantenida en secreto desde el principio, y lo es aún. Los cinco hombres están allí en calidad de maestros suplentes cuatro de ellos, y de jardinero el quinto. Naturalmente, yo tenía prohibido decir una sola palabra sobre esto, pero ahora el asunto ha pasado a mis manos y necesito el concurso de mis hombres. Aparte de los cinco que ya hay allí, usted destacará tres más que vigilarán desde las casas contiguas.

El sargento le miraba con la boca abierta.

—¿Por qué? ¿Ocho hombres para vigilar una escuela? ¿Es que se conserva allí la bomba atómica?

—No lo sabemos.

—¿Qué quiere decir?

—Balearon al fiscal cuando, para protegerse, se había refugiado en el edificio. Los asesinos eran cuatro «torpedos» del «rackett», de eso estamos seguros; pero no hemos podido identificarlos porque hicieron el trabajo bien. Acorralaron al fiscal en una sala vacía, entonces él saltó por la ventana y lo acribillaron sobre la hierba del jardín.

—Conozco los detalles. Se dio la feliz coincidencia de que el colegio estaba vacío al no ser hora de clase. De lo contrario... Bueno, esos tipos no se hubieran detenido ante nada.

—Sí... —Las facciones del teniente Sullivan se habían puesto tensas—. El fiscal iba a entregar un informe a su jefe, el fiscal del distrito. Le había sido encargada una investigación sobre el «rackett» de las drogas y la había llevado a cabo a conciencia. Suponemos que, de los datos reunidos, el fiscal del distrito hubiera obtenido pruebas para enviar a mucha gente a la cárcel y quién sabe si a la silla eléctrica.

Todo el «rackett» podía haber sido deshecho en una noche. Pero ese informe no llegó jamás a su destino.

—Bueno. ¿Y por qué ese fiscal suplente no iba con la debida protección? ¿Por qué se dejó atrapar como un conejo?

—El creyó que no llamando la atención estaría mucho más

seguro. Por eso iba incluso a pie, alterando todas sus costumbres por si había sido observado. Ya es sabido que cuando un *gang* piensa exterminar a alguien lo primero que hace es cronometrar todas sus costumbres, preparando el golpe. El fiscal, que iba siempre en coche, cambió ese día por precaución, haciendo lo contrario de lo que solía hacer. Pero fue un error. Los otros tipos estaban dispuestos.

—¿Y qué hay de ese informe que nunca llegó a su destino? ¿No lo hallaron sobre el cadáver?

—No.

—Entonces sólo cabe suponer que se lo llevaron los asesinos o...

—... O logró ocultarlo en algún lugar de la escuela antes de morir. No hay otra posibilidad.

—¿Ha sido registrada la escuela?

—¿Para qué cree que tenemos allí a cinco hombres? Lo han puesto todo patas arriba sin llamar la atención. Pero hasta ahora no han encontrado absolutamente nada.

—Entonces hay que suponer que lo tienen los asesinos.

El teniente apoyó los pies en la mesa y echó reflexivamente la cabeza atrás.

—Ésa es una deducción lógica; de acuerdo. ¿Pero por qué, entonces, hemos visto algunos tipos del *gang* de Butler merodear por allí? Sin duda buscan lo mismo que nosotros, con la diferencia de que ellos tal vez saben dónde encontrarlo.

—¿Por qué no han sido apiolados y conducidos aquí? Les hubiéramos hecho hablar.

—¿Hablar? Ni soñarlo. Además, no tenemos pruebas contra ellos, y los abogados de Butler hubiesen conseguido su libertad en cuestión de horas. Eso por no mencionar que nos habríamos puesto al descubierto. No, no... Lo mejor es estar atento y dejarles actuar. Sin duda preparan algo en la escuela. Les daremos cuerda y dejaremos que caigan en la trampa.

El sargento sonrió.

—¿Entonces elijo tres tipos duros, jefe?

—Elige tres carniceros, por si hay que actuar. Quiero que cuando llegue el momento preciso se muevan sin contemplaciones. Estoy incluso dispuesto a permitir que tiren a matar.

El sargento sonrió otra vez, ahora haciendo una mueca. Le

gustaba aquel lenguaje.

—Be acuerdo, jefe. Estaremos dispuestos. Será una carnicería.

SEIS

Kid Janiro preguntó:

—¿Has examinado bien la escuela?

Betty Taylor desvió la mirada hacia un lado. Se sentía mareada, no sabía bien por qué. Quizá porque el mismo Butler había venido hasta allí, con todo su estado mayor. Quizá porque un golpe de ocho mil dólares era el más importante que había dado en su vida.

—Sí —dijo.

Dos fotos ampliadas de la escuela pendían de la pared desnuda. Se veía todo con tanto detalle como al natural. Unos focos enviaban directamente sobre las fotografías su luz cruda e hiriente.

Ya no estaban en el local frontero a la escuela, sino en los sótanos de la lujosa torre que Butler poseía en Long Beach.

Fue Butler quien dijo:

—Ahora unas fotos de la niña.

Las ampliaciones de la escuela fueron retiradas y se las sustituyó por las de una niña rubia, casi pelirroja, de unos ocho años. Había sido fotografiada desde el interior de un automóvil, pero se la veía con toda claridad. Llevaba un vestido de percal e iba corriendo hacia el objetivo. En su risa sana y alegre brillaba aún todo el candor y toda la inocencia del mundo.

Cualquiera hubiese sentido «algo» ante aquella fotografía, pero las facciones de Betty Taylor no sufrieron alteración.

Ni un músculo se movió en ellas.

—¿Ésa es? —preguntó.

—Debes fijarte bien —dijo Butler a su espalda—. ¿No habrá posibilidad de que la confundas?

—Ninguna posibilidad.

—Se llama Myrna Gleisser.

—Myrna Gleisser —repitió Betty—. No lo olvidaré.

—La hemos observado durante los últimos días —explicó Butler,

calmosamente, como el profesor que diserta ante sus alumnos—. Es muy confiada, muy alegre, y sale siempre la última, cuando en el patio del colegio ya no queda nadie.

—¿Por qué sale la última?

—No tiene padres, y vive con una vieja tía suya que no la cuida demasiado bien. Por eso la maestra se ha convertido en su segunda madre. La quiere mucho, y la pequeña corresponde a ese cariño —la voz de Butler se había vuelto irónica—. La ayuda a ordenar las cosas de la clase cuando todos los demás se han ido. Por eso sale unos diez minutos más tarde, lo cual hemos considerado que es nuestra principal ventaja.

Betty preguntó cansadamente:

—¿Dónde vive esa vieja tía?

—En la esquina de las calles Dieciocho y Ciento Veintiuno, a una milla de la escuela aproximadamente.

—¿Valdrá el truco de esperarla en un automóvil, con una cofia de enfermera, y decirle que tiene que acompañarme, porque su tía ha sufrido un ataque y se encuentra muy mal?

Butler la contempló con interés.

—Conan nos ha dicho que eres una especialista, Betty, y que sabes dar un tono muy convincente a tus palabras. No creo que la niña, ante una situación así, reflexione. Te acompañaré.

Betty suspiró:

—Yo también lo creo.

Y miró a Butler.

Butler era un cerdo de primera calidad, bien cebado, bien vestido y bien enojado. Abierto en canal, hubiera arrojado sus buenos ciento cinco kilos. Tenía la carne blanda, pero los ojos duros. Había en su mirada algo que hacía daño, que parecía atravesar la piel.

—Confío en ti, Betty —dijo—. No puedes fallar.

—¿Qué haré luego con la niña? —preguntó ella sin reflejar la menor emoción—. Si he de pedir yo el rescate, no quiero sólo ocho mil dólares, sino el doble. Raptar es sólo una parte del delito; pedir rescate es completarlo, y cualquier juez me enviaría a la cárcel para toda la vida. También quiero advertir una cosa; si hay que sacrificar a la niña, no quiero encargarme yo. Es demasiado peligroso.

—Sin embargo, una vez lo hiciste —dijo Butler lentamente—. Tú

mataste a una.

Betty no se alteró.

Balanceaba una pierna sobre otra, mostrando casi toda la superficie de sus medias. La parte visible de su rostro se había entenebrecido. Su único ojo brillaba con fulgor satánico.

—Fue en un momento de exaltación... —susurró—, porque yo odio a las niñas. Odio a esos seres que tienen el rostro completo, que poseen una piel fina y que podrían enseñar todo su cuerpo sin vergüenza. Las odio con toda mi alma... Por eso la maté, porque aquélla era más bonita que las otras. Pero entonces no tenía antecedentes, y ahora pesa sobre mí una condena. Si la matase, ni vuestros mejores abogados me librarían de la silla eléctrica.

—No tendrás que matarla —susurró Butler.

—¿Ni pedir rescate?

—Ni pedir rescate. Tu trabajo consistirá en llevarla en automóvil al lugar donde te indiquemos. Lo restante corre de nuestra cuenta.

—Sé que es un exceso de curiosidad, pero... ¿para qué la queréis?

—No hay inconveniente en que lo sepas. Queremos que, a cambio de la niña, la maestra nos entregue algo que tiene en su poder.

El único ojo visible de Betty despidió un fulgor.

—¿Dinero? ¿Qué puede tener una simple maestra?

—No es dinero. Se trata de algo que un ayudante del fiscal del distrito hizo llegar a sus manos minutos antes de morir.

—¿Sabéis que lo tiene ella?

—Estamos seguros.

—¿Y por qué no lo ha entregado a la policía?

—Es posible que no se atreva temiendo las represalias, pero de un momento a otro se atreverá. Y no podemos correr ese riesgo.

—Entonces, ¿por qué no la raptáis a ella?

Butler rió secamente.

—No seas estúpida. Se puede engañar a una niña, pero no a una mujer de cuarenta años. Además, está vigilada por la policía. En cambio la niña no.

—Comprendo.

Butler se acercó a ella e intentó acariciarla por la espalda, pero Betty se retiró.

—Cuando esto termine, tú y yo tenemos que hablar, nena. No es justo que Conan se lo lleve todo.

—Conan está en las Montañas Rocosas... —dijo ella de una manera insinuante—, pero antes tiene que terminar este asunto.

—De cuerdo... Será hoy mismo, al anochecer, después de la última clase.

—¿Qué coche emplearé? No tiene que estar «marcado» por la policía.

—Ya hemos robado uno y le hemos cambiado las placas. No temas.

—¿Y el vestido de enfermera?

—Tardaremos media hora en proporcionártelo.

—Muy bien. Queda decidido que yo no corro más riesgo que el de llevar la niña hasta el sitio que vosotros me indiquéis. Una vez allí, cobraré los ocho mil al contado y me entregaréis un pasaporte en regla y un pasaje para el Canadá. A partir de ese momento quedo completamente desligada del asunto.

—Sí —dijo lentamente Butler—, eso es lo convenido. No corres más riesgo que el que pueda surgir de un imponderable. Pero recuerda que si llegaran a capturarte, sólo estarás segura si guardas silencio. Te enviaré a los mejores abogados si callas. Pero si hablas te enviaré a los mejores asesinos.

Betty frunció los labios.

—No he nacido ayer —dijo secamente—. Sé cuál es la ley que rige en esta clase de negocios. No debes recordármelo.

Se puso en pie, y la espesa mata de su pelo negro pareció aplastarle la mitad de la cara.

—De todos modos no me dejéis a la niña demasiado rato... —dijo lentamente—. Podría... Podría tener un mal momento como la otra vez...

El teniente Sullivan recibió en su despacho la comunicación de uno de sus coches patrulla.

—Hay movimiento —le comunicaron.

—¿De qué clase?

—Preparan algo contra alguien de la escuela, probablemente una niña. Desde uno de los observatorios hemos fotografiado a Betty Taylor mientras pasaba por delante de la verja. Seguro que estaba examinando el terreno.

—¡Esa foto..., inmediatamente al fiscal del distrito!

—De acuerdo, teniente.

—Y estad preparados. Cuando Betty actúe, dadle cuerda. No la perdáis de vista un segundo, pero dejad que se ahorque ella misma.
Colgó.

SIETE

Norma Tucson estaba en la calle.

Tenía ante ella, para investigar, toda la inmensa ciudad de Nueva York. Doce millones de habitantes y ni una sola pista.

Miró su reloj. Ya era casi mediodía.

Nick, a su lado, dijo:

—Deberías tomar algo.

—Gracias, no tengo apetito.

—De todos modos te espera una tarea muy ardua.

Ella se encogió de hombros.

Entraron, de todos modos, en un *luncheon*. Allí ella pidió una ensalada, un filete y una cerveza. Nick encargó lo mismo. Luego tomaron lentamente una taza de café.

Nick susurró:

—Deberíamos avisar a la policía.

—¿Y qué ibas a decir?

—Pues..., naturalmente, que Mónica ha desaparecido.

Ella encendió con lentitud un cigarrillo.

—Conozco de sobra los procedimientos de la policía. Comenzarán por recibir los partes de todos los precintos de la ciudad, en lo cual invertirán un par de horas. Luego, cuando se compruebe que no hay ninguna noticia de Mónica, cursarán un parte a todos los coches patrulla. Mañana por la mañana los patrulleros dirán que no hay novedad, es decir, que no han encontrado a Mónica muerta en la calle ni flotando en las aguas del río. Entonces encargarán del asunto a un sargento y un par de policías.

—¿Quieres decir que para entonces Mónica ya estará muerta? —preguntó Nick con un estremecimiento.

—Podría estarlo ahora.

Nick estaba tan nervioso que no podía sostener la taza de café.

Le temblaba horriblemente la mano derecha.

—No sé cómo puedes estar tan tranquila, Norma —jadeó.

—Hace años que aprendí a no tener nervios.

—¿Dónde... lo aprendiste?

Los ojos de Norma adquirieron un extraño y peligroso fulgor, pero fue solo un momento.

—Aprendí eso viendo morir a un hombre... Sin embargo, no quiero recordarlo ahora. Hablemos de otra cosa.

—Hablemos, por ejemplo, de los recursos que tiene la policía —dijo nerviosamente Nick—. Unos recursos inmensos, que alcanzan a todos los rincones de la ciudad, y que nosotros no tendremos nunca. ¿Por qué no dar parte? ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé.

Norma terminó su cigarrillo y añadió:

—Algo se está fraguando, algo que nosotros no podemos ni imaginar y que Mónica sabía. Si yo tuviera el menor indicio, la menor pista, creo que pronto daría con ella. Pero estoy a ciegas, horriblemente a ciegas.

Nick insistió:

—Por eso mismo deberíamos dar parte a la policía.

—Está bien, hazlo tú. Ve al Precinto más próximo y presenta la denuncia. Pero no me menciones para nada ni expliques el detalle de las flores. Corta tu relato en el momento en que entraste en la habitación y no la viste a ella. Lo demás no le importa a nadie.

—¿Qué harás tú mientras tanto?

—No lo sé. Yo siempre he trabajado sola. Pero encontraré a Mónica cueste lo que cueste... antes de la noche.

Se puso en pie.

—Adiós, Nick. Ha sido un placer conocerte.

El se estremeció ante aquella extraña mujer de ojos impasibles, que, sin embargo, le había besado en los labios.

—Tendré que verte luego —susurró—. No podré estar quieto sin saber si has averiguado algo.

—Pues tendrás que estar quieto, amigo. Lo siento. Pero te advertiré si hay algo. Apúntame tu número de teléfono.

—¿Por qué no voy a la policía y luego te sigo? Puedo ayudarte en un momento de peligro.

—Gracias, Nick —dijo ella con cansancio—, pero siempre he

trabajado sola. Anda, anótame tu número de teléfono.

El lo anotó en una tarjeta que luego tendió a Norma.

—Suerte —dijo.

—Suerte.

Norma abandonó el *luncheon* y salió a la calle. Seguía pareciendo una estudiante con sus libros bajo el brazo, pero estaba demasiado formada para eso. Y sus ojos eran demasiado crueles, demasiado duros.

Cuando sus caderas de líneas rotundas se movieron por la calle, algunos hombres la miraron.

Norma Tucson volvió a sentirse sola en Nueva York y sin ninguna pista. Sabía que algo se fraguaba, algo muy importante, pero no podía adivinar qué. Las aletas de su fina nariz vibraron, estremeciéndose como lo hacen algunos animales al presentir la tormenta.

¿Por dónde empezar? ¿Qué hacer?

Estaba en una pequeña prominencia que domina Hoboken, el puerto situado a la izquierda de Nueva York, remontando el Hudson. Los rascacielos de Brooklyn se veían al otro lado, envueltos en una suave bruma.

Norma deambuló sin rumbo durante casi diez minutos, pensando desesperadamente y tratando de reunir sus dispersas ideas. Pero aquel esfuerzo no la llevó a ninguna parte.

Por fin se detuvo ante una librería.

Había allí novelas de todo tipo, libros caros, generalmente técnicos, y muchas revistas. El archiconocido *Life*, el *Punch*, el *Holiday*, los atrevidos *Titter* y *Wink*, donde señoras en lánguidas posturas enseñaban sus piernas enfundadas en seda. Había también otras de Zane Grey y de Oliver Curwood con ilustraciones ultramodernas, donde los *cow-boys* parecían creaciones de Salvador Dalí.

Fue entonces cuando a la mente de Norma vino aquel recuerdo.

Era una cosa sin sentido, sin lógica, pero la verdad era que tampoco tenía lógica la desaparición de Mónica.

Recordó el escritor cuyo nombre no habían dado, y que estaba detenido por haber intentado forzar la entrada del Museo Antropológico, contiguo al templo anabaptista de Harlem.

¿Para qué podía haber intentado entrar allí? Un hombre que

seguramente se ganaba la vida, ¿por qué había intentado convertirse en un ladrón a plena luz del día?

Norma resolvió averiguarlo.

Seguramente se equivocaba, pero la experiencia le había demostrado que dos sucesos que ocurren el mismo día, y los dos inexplicables, pueden tener alguna relación. Por ello tomó el ferrocarril hasta Manhattan y desde allí el suburbano a Harlem.

La calle donde estaba el templo anabaptista le causó la misma extraña sensación que había causado antes a otras personas. Parecía estar más allá de Nueva York, más allá de los límites de cualquier otra ciudad conocida. El chato edificio de ladrillo estaba completamente cerrado. Sobre el frontispicio de la puerta, el emblema religioso en el que se leía «Cultos privados». Más allá, la triste entrada, también hermética, del «Museo Antropológico».

Norma miró la calle.

Nadie por los alrededores; nadie, ni siquiera un coche detenido. Seguramente al escritor le habían visto desde algún automóvil aparcado lejos, porque no había edificios por las cercanías, sino solares y grandes almacenes al descubierto donde se apilaba el carbón. Si alguien vigilaba antes aquello, ahora debía haber abandonado la guardia.

Además, Norma tenía algo que seguramente el escritor no tuvo; un juego de llaves falsas.

Se acercó, como distraídamente, a la puerta del museo, y sólo con un golpe de vista catalogó la cerradura. Tenía llave a propósito para forzarla. La encajó.

Miró a todas partes velozmente y se cercioró de que nadie había podido verla.

Un leve esfuerzo y la cerradura cedió.

Dentro del museo se respiraba un ambiente que no era de este siglo, que no era de ninguno de los siglos en que hubo hombres sobre la tierra. Todo lo que había allí se refería a nuestro más remoto origen, a las épocas en que los primeros monos y los gigantescos reptiles se movían sobre el lecho fangoso de nuestro planeta. Entrar allí causaba una sensación de pesadilla, de regresión a épocas que uno había soñado durante su niñez, en largas noches de horror. Los monos de asombrados ojos de cristal parecían moverse, parecían seguirla con sus miradas espectrales.

Más allá, al fondo de la sala, había una reproducción de ictiosaurio con sus alas desplegadas. Un plesiosaurio acechaba con sus filas de dientes horriblemente dispuestas, como si en cualquier momento fuese a cerrar la boca. Algunos letreros en las paredes indicaban que aquel museo pertenecía al templo anabaptista, y que la entrada era gratuita todos los domingos y días festivos.

Una pesada puerta de nogal debía dar al templo. No estaba cerrada con llave.

Norma fue a abrirla cuando en ese momento creyó oír algo tras ella, algo así como el jadear cadencioso de una bestia.

Fue a volverse, pero ya no tuvo tiempo.

Algo pesado y duro cayó sobre su cabeza dos veces, y la puerta pareció aproximarse mucho, mucho... hasta que su frente dio contra las baldosas marmóreas del suelo.

OCHO

El agente retiró de una de las ventanas su metralleta «Thompson», acariciando con ella el cristal, y miró al teniente Sullivan.

—Van a terminar las clases, teniente.

Sullivan consultó su reloj.

Desde la ventana velada por las cortinillas se divisaba, aunque en lateral, el edificio de la escuela.

—Son las seis en punto —susurró—. Bien, ahora es preciso que todo el mundo esté en sus puestos. No podemos permitirnos el lujo de que se nos escape un solo detalle. Tal vez no ocurra nada hoy, pero si ocurre hemos de tenerlo todo dispuesto.

Tres hombres y el sargento que los mandaba se apostaron en sus observatorios.

Llevaban incluso sus armas desenfundadas, por si era necesario abrir fuego.

Los cinco hombres situados dentro de la escuela debían estar preparados también.

La puerta se abrió. Un agente delgado como un hueso entró con un parte.

—Betty se ha puesto en movimiento, teniente.

Sullivan se mordió el labio inferior, conteniendo a duras penas su alegría. ¡De modo que aquél era el momento...!

—¿Dónde está ahora?

—A unas quinientas yardas, tres esquinas más allá.

—Entonces no puede intentar nada. Van a abrir las puertas de la escuela...

—Lleva un coche.

—¿Un coche?

—Robado. Tenemos su descripción desde hace unas horas, aunque le han cambiado las placas. Un agente lo ha examinado

discretamente y coinciden incluso las cifras del marcador cuentamillas.

—Entonces es que esa zorra va a actuar.

—Sí, teniente, pero estamos preparados. Todo el barrio está acordonado prácticamente. No tiene escapatoria.

—Bien. Ahora vaya a apostarse en el estanco que hay casi frente a la escuela. Finja elegir cigarros habanos, pero esté atento. Tiene que aguantar cinco minutos.

—Sí, teniente.

El hueso vestido de hombre, salió. Se adivinaba por sus ojos que estaba deseando poner sus zarpas encima de aquella perra.

Sullivan se acercó a una de las ventanas, sin descorrer las cortinillas que la velaban.

Las puertas de la escuela se habían abierto, y los niños salían en tumulto. Sus gritos, sus voces, llenaban la calle. A muy pocos les esperaban sus madres. Sullivan sabía que nada se dispersa con tanta rapidez como un grupo de niños que salen de la escuela, y estaba seguro de que dentro de cinco minutos la calle aparecería desierta.

Los cronometró.

Cinco minutos...

Cuando ya no quedaba ningún niño en la acera, y la escuela parecía un enorme animal muerto, con sólo unas pocas luces encendidas, se vio avanzar por el fondo de la calle un automóvil.

Un falso pocero que fingía desatascar la entrada de una alcantarilla, se echó la gorra para atrás.

Muy bien. Era la señal. Aquél tenía que ser el coche.

Sullivan y sus hombres aguardaban con todos los nervios en tensión, y en efecto el automóvil, un «Thunderbird» blanco, se detuvo ante la verja de la escuela.

Betty Taylor llevaba un uniforme completo de enfermera. No le faltaba detalle.

Frenó el automóvil, sin cerrar el contacto, y aguardó con todos los nervios en tensión, mirando hacia la puerta de la escuela.

Su único ojo visible brillaba extrañamente.

Un minuto, dos...

Aunque no había notado nada anormal, los nervios de Betty estaban a punto de estallar.

Por fin salió la niña.

Era exactamente igual que en el retrato, e incluso llevaba el mismo vestido. Sonreía al dejar el colegio. Sus cabellos pelirrojos flotaban al viento fresco de la tarde.

Ni un solo músculo se movió en el rostro de Betty al recordar que aquella niña tenía únicamente ocho años.

Había llegado el momento. Betty Taylor dirigió una nerviosa mirada en derredor suyo.

Nadie. Un tipo que parecía elegir cigarros en el estanco frontero estaba incluso vuelto de espaldas a la calle.

Betty, con decisión, abrió la puerta e hizo una señal a la niña.

Ésta se detuvo. Pareció desconcertada un momento, como si no creyera que la estuviesen llamando a ella.

—¡Chist! Sí, tú...

La niña acudió corriendo. El vestido de enfermera le había inspirado inmediata confianza.

Betty, que sabía hacer muy bien su papel, le dirigió una suave y estudiada sonrisa.

—Tú eres Myrna Gleisser, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—Tu tía está enferma.

—¿Qué dice?

—Anda, sube. Me ha llamado urgentemente, y he tenido que ponerle una inyección. Ahora está mejor, pero necesita tu compañía. Sube y en un momento llegaremos.

—Sí, señorita.

La niña subió.

Desde una de las ventanas la miraba su maestra.

Betty cerró y aseguró la portezuela, se cercioró bien de que estaban alzados todos los cristales y puso la primera, arrancando suavemente el coche, que se despegó del bordillo.

No había estado detenida allí ni siquiera cuatro minutos.

Nadie la había observado, excepto, tal vez, la maestra desde la ventana. Pero estaba demasiado lejos.

Sabía ya dónde tenía que llevar a la niña. Era a una casa en despoblado, a buena distancia de allí, cerca de Newark.

El teniente Sullivan apretó la culata de la pistola.

—Con gusto le hubiera descerrajado una bala a esa zorra —masculló—. Habríamos ahorrado a los contribuyentes una factura

de electricidad.

El sargento le miró.

—¿Por qué no le hemos echado el guante, Sullivan? ¿Qué clase de fiesta de etiqueta es ésta?

Sullivan guardó la pistola.

—Bueno, muchachos, listos. Lo de aquí se ha terminado.

—¿Qué quiere decir? —Gruñó el sargento—. Oiga, yo presento la dimisión si a esa pájara no le he puesto esta misma noche las manos encima.

—¿Pero no comprendes que ha de tener algún cómplice, idiota? La otra vez parece que actuó con el perro de Conan, y ahora no ha podido actuar sola. El portaaviones, ese «Thunderbird» blanco, se lo robaron para que actuase. Los floripondios de enfermera no los ha comprado ella, sino otra persona. Hemos de cazarlos a todos.

—Pero la niña...

—No le hará nada en el coche. Necesita conducir.

Sullivan se encaminó al teléfono.

—¿Control de patrulleros?

—A la escucha.

—¿Quién ha tomado el primer turno?

—Los del camión de mudanzas, teniente. Llevan dentro la emisora de radio. Irá situando el coche hasta la salida de la ciudad, si es que sale de Nueva York.

—¿Están preparados los otros?

—Todos a la escucha, teniente.

—No pierdan el control ni un segundo y aténganse al plan previsto. Por el momento seguiremos las instrucciones letra A. ¿Comprendido?

—Sí, teniente. ¿Alguna orden?

—Repita que no empleen las armas en ningún momento. Sólo si estuvieran seguros de que van a perder el contacto con el «Thunderbird» les será permitido tirar a los neumáticos. Pero eso no ocurrirá. Otra cosa; cuando esa perra entre en contacto con alguien, sea quien sea, acorrálenlos. Y entonces se acabaron las contemplaciones, ¿entendido? Menos disparar, está permitido todo.

—Comprendido, teniente.

Sullivan colgó.

El sargento y los tres hombres le miraban expectantes,

aguardando órdenes.

—Vamos —decidió Sullivan—. Tenemos un coche en el garaje de la esquina. Seguiremos la ruta que el camión nos vaya marcando por radio.

Todos se encaminaron a la puerta. Al tosco rostro del sargento había vuelto la sonrisa.

—Teniente...

—¿Qué hay?

—¿Me dejará interrogarla?

Sullivan sonrió.

—Cuando la llevemos a la Brigada, supongo que los interrogatorios tendrán que durar toda la noche. Tú mandarás el primer turno.

NUEVE

La maestra bajó lentamente la persianilla de cuero de la ventana, dejando la habitación sin aquella suave luz del crepúsculo que aún penetraba por los cristales.

Una línea dura, tensa y amarga, surcaba su rostro.

Vio brillar las líneas de los pupitres, todos ellos bien ordenados al fon de las clases. Miró también la pizarra, donde aún figuraban los ejercicios de aritmética que había ordenado hacer. Se dio cuenta de que la clase, cerrada así, tenía un aspecto siniestro.

No era eso lo que la preocupaba, sin embargo.

¿Por qué aquella enfermera había llamado a la niña? ¿Por qué se había ido con ella? ¿Y por qué una simple enfermera conducía un automóvil tan lujoso?

Pensando en todo esto, la maestra fue lentamente hacia el armario donde guardaba su abrigo. Lo abrió, y en ese momento estuvo a punto de lanzar un grito.

Unos ojos asustados la miraban desde el interior. Los ojos sorprendidos de un niño.

La maestra se recuperó al instante. No necesitó mirar dos veces al niño para saber de quién se trataba.

—¿Qué haces aquí, Bobby?

El pequeño, que apenas habría cumplido los diez años, salió lentamente y con la cabeza baja.

—¿Por qué te has ocultado en el armario?

—Perdone..., señorita.

—¿Hasta cuándo va a durar tu manía de esconderte en los sitios, Bobby?

El pequeño seguía con la cabeza hundida y sin atreverse a contestar. Ahora, además, tenía los ojos llorosos.

—Esto no puede continuar —dijo la maestra, con voz persuasiva—. ¿No te das cuenta? Todos tus compañeros han salido ya de la

escuela. Tú, en cambio, estás escondido como un ladrón, cuando todo el mundo creía que ya ibas camino de casa. Cualquier noche vas a quedarte encerrado aquí y no vas a poder salir hasta la mañana siguiente. ¿A qué viene esa manía, Bobby? ¿Por qué te escondes siempre?

—Cuando no estoy escondido..., tengo miedo, señorita. Todo me parece demasiado grande...

La maestra hizo un gesto de comprensión.

—Ya me doy cuenta; tienes horror a los espacios abiertos. Pero, afortunadamente, ésa es una manía que se cura. Mañana mismo hablaremos con el inspector médico de la escuela. ¿Qué te parece?

—Como usted quiera, señorita...

La maestra se arrodilló y besó al niño en ambas mejillas. Se dio cuenta de que el pequeño estaba llorando.

—Pero, mi buen Bobby... No debes asustarte por eso. Yo no te he reñido. ¡Dios me libre! Lo único que quiero es que te quites esa fea costumbre, y ya verás cómo vamos a conseguirlo entre los dos. Oye una cosa; ¿vas a venir a la fiesta de esta noche?

—Sí..., señorita. Yo estoy al cargo de la batería.

La maestra sonrió, y poniéndose en pie acarició los suaves cabellos rubios del chiquillo.

—¡Claro, Bobby! Lo había olvidado, ¿sabes? Tú eres el mejor batería que tenemos en el colegio. ¿Cómo no se me ha ocurrido que sin ti la orquesta no podría tocar? ¡Y en la fiesta de esta noche ensayamos las piezas más importantes para el día de Navidad! —De pronto consultó su reloj—. Se me hace tarde, Bobby. ¿Vienes conmigo?

—Sí, señorita.

—No olvides tu cartera.

El pequeño terminó de sacar del armario su cartera de cuero, la cual estaba abierta. Junto a los libros muy manoseados se veían unas hojas de papel escritas a máquina.

—¿Qué es eso? —preguntó la maestra.

El niño la miró como avergonzándose.

—Nada...

—Está bien, no quiero descubrir tus pequeños secretos. Mejor será que nos vayamos de una vez.

El mismo Bobby cerró su cartera. Las hojas de papel

mecanografiado desaparecieron.

La maestra dijo, tomándole de la mano:

—La fiesta es a las ocho y media.

DIEZ

Cuando recobró el sentido, Norma Tucson se dio cuenta de que estaba tendida en el suelo. Se dio cuenta también de que le dolían horriblemente las manos.

Intentó moverlas, aun antes de abrir los ojos, y notó que las tenía sujetas con alambres. Estaban tan fuertemente ligadas que la sangre apenas circulaba por ellas.

Primero abrió un ojo, intentando que nadie se diese cuenta aún de que acababa de recobrar el sentido.

Pero el tipo que la estaba vigilando la debía mirar con demasiada atención, porque en seguida gruñó:

—Menos teatro, nena. Ya puedes alzar todo el telón.

Ella, con un gesto de asco, abrió los dos ojos.

—¿Está bien así?

El tipo que la vigilaba se hallaba en cuclillas cerca de ella. Era un fulano alto, delgado, de líneas sinuosas. Los ojos brillantes con que la miraba parecían dos rendijas.

Al ser transportada Norma allí, su falda no había quedado en posición muy correcta, y el tipo aquel debía estar divirtiéndose más que en una sesión de teatro sólo para hombres.

—Sí, así está bien, nena.

—¿A dónde me habéis traído?

—Míralo tú misma.

Norma alzó los ojos, y vio que se encontraba en algo que debía ser la sacristía del templo anabaptista. Había numerosos cajones, cirios sin encender y un perchero con ropas eclesiásticas. Norma vio también, asombrada, que cerca de ella estaba atado un hombre.

Aquel hombre tendría unos cincuenta años y era un clérigo protestante, seguramente el titular del templo anabaptista de Harlem, en el cual ella se encontraba ahora.

Haciendo un violento esfuerzo para dominar su asombro,

susurró:

—¿Usted también?

—A mí me tienen preso desde primera hora de la mañana, señorita. Aún no he podido moverme...

La voz del clérigo era cansada y algo ronca. También le habían atado las manos con alambres y ya las tenía moradas. Debía estar en el límite de su resistencia.

—Supongo que lo han hecho para poder usar su templo y sus ropas, ¿verdad? —musitó Norma.

—Al menos uno de ellos... se ha vestido con uno de mis trajes. También se han llevado... la furgoneta del templo. Luego les he oído volver, pero..., pero no sé nada más.

El fulano de los ojos como rendijas seguía mirando a Norma. No ponía inconvenientes a que los dos hablasen.

Según entendió la muchacha, ése era un mal síntoma. Podía significar que pensaban matarlos después.

Entonces se abrió la puerta de lo que parecía ser la sacristía, y entró otro hombre.

Éste llevaba un magnífico traje, varias sortijas y un reloj de oro macizo. Estaba gordo como un cerdo de exposición. Norma, que conocía bien el hampa de Nueva York, supo que se hallaba ante Butler, jefe, o más bien propietario, de todo el *rackett* de las drogas con sede en Manhattan.

Butler la miró con más detención que el tipo de los ojos como rendijas. Lanzó un silbido.

—Valía la pena el aviso, Monty.

—Es una joya, ¿eh?

—¿Dónde la has cazado?

—Había entrado por el museo, y luego ha querido penetrar en el templo. Le he dado por la espalda con la culata. Tiene la cabeza dura.

—Y las piernas bonitas.

El tipo de los ojillos sonrió.

—Sí, jefe.

—¿Sabes quién es?

—Ni idea.

Butler se acercó a Norma y con el pie la hizo girar del todo, como si fuese un cadáver.

—¿Tu nombre?

—Norma Tucson.

—¿A qué grupo de la policía perteneces?

—A ninguno.

—No me hagas reír. A las pájaras como tú hasta soy capaz de olerías. Dinos a qué departamento perteneces y saldrás mejor librada.

Norma Tucson sostenía desafiante su mirada. No tenía miedo. Había en ella incluso una especie de burla.

—Estoy aquí por mi propia voluntad —dijo—. Nadie me lo ha ordenado.

—Tus jefes te dan independencia, ¿eh?

—No tengo jefes.

Butler se iba poniendo rojo.

—No veo razón para hacer la mártir, nena. Si aclaras las cosas, será mucho mejor para ti.

—He entrado por mi propia voluntad. Quería saber lo que le había ocurrido a un amigo.

—¿Aquel idiota de escritor? Afortunadamente lo vimos cuando iba a entrar. Como sabíamos quién era, fue mejor avisar a la policía. Di, ¿era aquel pájaro tu amigo?

Por un momento, Norma Tucson no supo qué contestar. Ignoraba si aquella pregunta era una trampa.

El tipo de los ojos como rendijas masculló:

—No tenemos tiempo que perder, jefe.

Butler consultó su reloj.

—Es cierto. Bueno, de todos modos va a decirlo.

—¿Qué hacemos, jefe?

—Saca tu encendedor.

Los ojillos en forma de rendija brillaron.

—¿Dónde le aplico la llama, jefe?

—En la planta del pie. No temas aunque chille. Estamos en una especie de descampado. No la oírás nadie.

Norma se estremeció, pero sus ojos siguieron reflejando un burlón desafío.

—No vas a asustarme, cerdo de exposición. Estuve en manos de otros peores que tú. Cuando no era más que una niña de diez años, estuve en poder de la Gestapo.

—¿Dónde?

—En el *ghetto* de Varsovia.

Butler arqueó una ceja.

—Varsovia... Estuve allí una vez, después de tomar la ciudad los rusos. Por poco me echan el guante. Una cochina ciudad.

—A los de la Gestapo no les importaba destrozar a una niña de diez años —siguió diciendo Norma con voz tensa—. Tenían incluso perros amaestrados que se dedicaban sólo a eso. Delante de mí devoraron a una muchacha, intentando hacerla hablar. Pero yo no me asusté y no me sacaron una palabra. Me arrancaron dos tiras de la piel de la espalda y sin embargo, no hablé. Menos me haréis hablar vosotros.

—Es que los de la Gestapo alemana eran unos niños —musitó Butler—. Nosotros sabemos hacerlo mejor. ¿Pero cómo lograste salir de allí?

—Un paracaidista yanqui vino a caer una noche sobre el *ghetto*, pero los alemanes lo cazaron. Después de cortarle las manos a lo vivo lo dejaron desangrarse delante de mí. Fue el primer hombre que murió a mi lado. El mismo que me pidió que le cerrase los ojos y me habló como si yo ya fuese una auténtica mujer. Me rogó también que si alguna vez conocía a su esposa... cuidara de ella. Aquella misma noche el cadáver fue arrojado a las alcantarillas, y en un descuido de los alemanes yo pude seguirlo. Por las cloacas llenas de ratas muertas y de gases venenosos que habían lanzado los de la Gestapo, pude llegar fuera del *ghetto*. Luego me sacaron de Polonia unos soldados polacos del llamado Ejército Patrio. He vivido mucho más que vosotros, que no sois más que unos miserables conejos de madriguera. No vais a asustarme.

Butler empezó a jadear. Su rostro se había congestionado.

—Bájale la media —dijo a su gorila.

El otro se la arrancó de un tirón.

Aplicó a la planta del pie desnudo de Norma la llama del encendedor. La muchacha se estremeció, lanzando un aullido que se perdió en las gruesas paredes. Sólo la oyeron sus dos verdugos, porque el clérigo había perdido el conocimiento.

El esbirro insistió. Quiso mantener la llamita pegada al pie de Norma. Pero se acercó demasiado.

Norma pudo mover el otro pie, y su zapato se clavó en el

mentón del granuja. El golpe fue tan fuerte y tan inesperado que el tipo cayó hacia atrás soltando el encendedor. Butler se acercó gritando de rabia y quiso dar un puntapié a Norma.

Ésta juntó las dos piernas, apresando entre ambas el tobillo de Butler, quien venía lanzado.

Butler perdió el equilibrio y cayó hacia adelante, lanzando un aullido. Su cabeza fue a chocar contra una de las gruesas paredes de piedra, y por unos segundos perdió el conocimiento.

Su esbirro ya se había puesto en pie.

Aunque le parecía increíble que aquello se lo hubiera podido causar una mujer, tenía la mandíbula dislocada. Ciego de rabia y de dolor, llevó la mano a su funda axilar y extrajo una «*Parabellum*».

La montó con un movimiento rabioso.

Butler, desde el suelo, hizo una mueca.

—Está bien, dispara —farfulló—. De todos modos hubiéramos tenido que hacerlo.

—¿Al clérigo también?

—También. Nos estorbarán mucho menos cuando los dos estén muertos.

El forajido iba a apretar el gatillo cuando en ese momento se abrió la puerta de la habitación para dar entrada a un tipo sudoroso. Aquel tipo era Kid Janiro.

—Butler... —dijo.

—¿Qué hay?

—Lo de Betty está listo.

—¿Todo ha salido como pensábamos?

—Todo.

—¿Y lo otro?

Norma Tucson, que estaba con el oído atento, sólo entendía una parte de todo aquello.

—¿Lo otro? La fiesta es a las ocho y media.

—¿Todos los policías se han largado?

—Todos, jefe.

Butler se puso en pie frotándose las manos. Por unos instantes parecía haberse olvidado de Norma, pero nuevamente sus ojos se entenebrecieron al verla.

—¡Dispara! —gritó secamente—. ¡Dispara!

Su esbirro fue a apretar el gatillo del arma.

Pero en aquel momento se oyeron dos detonaciones, a su izquierda, y su cabeza saltó hecha pedazos.

ONCE

Boby entró en su casa, dejó la cartera de los libros sobre una mesita del recibidor y dio un beso a su madre.

A Bobby, pese a sus pocos años, siempre le había maravillado que su madre fuera tan joven, tan maravillosamente joven y bonita.

Ella le besó también.

—Hola, Bobby. Hoy es la fiesta del colegio, ¿verdad?

—Sí. Será como un ensayo general para las canciones de Navidad. Pero podéis venir todos.

—Yo claro que iré, Bobby.

—¿Y papá?

—Papá no podrá ir esta noche, Bobby. Tiene servicio.

Bobby miró de soslayo la guerrera azul y la funda con el monumental revólver colgados del perchero.

—Será la primera vez en un año que papá no me acompañe al colegio, mamá. ¿No puede venir?

—Ya te he dicho que es imposible, hijo. Tiene servicio, y eso no se puede dejar.

—Al venir me acompaña algunas veces la maestra, pero al ir... Yo no estoy acostumbrado a ir sin papá. ¿De veras no puede?

—De veras.

En aquel momento su padre apareció en el umbral de la puerta.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, con más corpulencia que un cargador de los muelles de Nueva York, ojos grises y duros, mandíbula cuadrada y cabellos cortos en forma de cepillo.

Todo él daba una enorme sensación de fortaleza, como una mole de granito que se hubiese puesto en movimiento.

Aquel hombre cojeaba un poco.

Bobby no lo sabía, pero su padre tenía aún una bala alojada en la cadera, a consecuencia de un atentado de los elementos de un

rackett que se dedicaba a la trata de blancas. Tampoco sabía que los tres hombres que dispararon contra él estaban muertos a causa de las balas que su padre les envió al centro de sus cabezas. Ignoraba igualmente que aquel gigante a quien llamaba «padre» era uno de los intocables de la Metropolitana de Nueva York. A causa de las muchas amenazas que aquel hombre había recibido, el fiscal del distrito estaba alerta. Cualquier atentado contra él pondría en movimiento una complicada máquina cuya etapa final podía estar en la silla eléctrica.

Todos los «torpedos» o agentes ejecutivos de los «gangs» de Nueva York sabían esto.

Desde aquel tiroteo el padre de Bobby vivía siempre alerta, pero en el fondo de sí mismo estaba convencido de que nadie se atrevería a hacer algo contra él.

Ahora avanzó cojeando al encuentro de su hijo.

—Lo siento, Bobby; no podré acompañarte.

—Pero es que nunca he ido al colegio sin ti, papá...

—Cuando sales, yo no voy a buscarte, y, sin embargo, llegas a casa muy contento.

—Pero muchas veces me acompaña la maestra, y Percy, el policía que ahora está allí haciendo de jardinero, me vigila a distancia. No creas que no lo he notado.

El agente miró a su esposa arqueando una ceja. Luego dirigió al pequeño una mirada crítica.

—¿Cómo sabes que el jardinero es un policía? ¿Quién te lo ha dicho?

—Vi que te hablaba una vez, y también iba de uniforme. Ahora me hace mucha gracia eso de que hagáis como si no os conocieseis.

El agente se pasó por la boca una de sus gruesas manazas.

—Los niños se fijan en todo —susurró mirando a su mujer—. Hasta el plan mejor trazado puede fallar por culpa de una tontería como ésta. Anda, Bobby, vete a ensayar.

El niño dejó sobre la mesa la cartera de los libros.

—Los niños son incomprensibles —musitó la mujer—, pero esta aventura no me gusta, Pat. ¿Cuándo van a ser retirados los agentes del colegio? ¿Qué ocurre allí?

Pat, el gigantesco policía, iba a contestar, cuando en ese momento sonó el teléfono.

Lo tomó.

—¿Qué hay?

Era Thompson, compañero de la Metropolitana. Le encarecía que entrase de servicio cuanto antes, porque habían sido pedidos al Precinto todos los hombres disponibles, y temía no contar con personal si surgía alguna otra eventualidad.

—¿Pues qué ocurre? —Gruñó Pat.

Thompson se lo contó. Las facciones del agente se fueron iluminando mientras escuchaba.

Por fin colgó el teléfono y miró sonriendo a su esposa.

—¿Buenas noticias? —preguntó ésta.

—Muy buenas. Ahora puedo contestar a tu pregunta sobre cuándo serán retirados los policías de la escuela. Esta noche mismo. La gallina acaba de poner el huevo.

—¿Qué quieres decir?

—Sabíamos que se preparaba algo, pero sin poder precisar exactamente qué. Ahora lo hemos visto. El rapto de una niña.

—¿El rapto... de... una niña?

La expresión de la mujer reflejaba horror.

—No temas. La secuestradora, que es la célebre Betty Taylor, está acorralada.

Tomó la cartera de su hijo y la puso en una repisa del perchero.

—Este crío siempre deja las cosas en cualquier parte. Además, hace mucho tiempo que no limpia su cartera ni saca las cosas que tiene dentro. Si no me hubiese de ir tan aprisa, lo haría yo mismo.

Se vistió la guerrera, ajustándose la funda con el gran revólver que ya había matado a tres hombres.

—¿Dónde estará Bobby? —preguntó antes de salir.

—No lo sé. Escondido como siempre, parece increíble la habilidad que para esconderse tiene ese niño.

El besó a la mujer.

—No te preocupes; ahora habrá tranquilidad en la escuela y se le quitará ese complejo. Acompañale esta noche a la fiesta con toda tranquilidad. Por lo menos Betty Taylor ya no significará ningún peligro. Esta vez sí que va a hacerse la manicura sentada en la silla eléctrica...

Betty llegó al sitio indicado. Era una antigua casa de campo, abandonada y medio cubierta por un bosque. Para llegar hasta ella

había que dejar la carretera principal, internándose por una senda arenosa donde se hundían las ruedas del coche.

La pequeña, que dos veces había manifestado ya síntomas de inquietud, balbució:

—¿A dónde me llevas? ¿Está ahí mi tía?

Betty cuidó de que los cabellos negros que cubrían la mitad de su rostro no se levantaran ni un instante y que no dejaran al descubierto ni un centímetro de piel.

—Sí, está ahí. Eso que ves es un sanatorio.

—No lo parece.

—Es que no te has fijado bien. Espera a verlo mejor cuando estemos más cerca.

Betty respiró con tranquilidad al mirar por el retrovisor en el momento de internarse en la senda arenosa. El camión de mudanzas que les había seguido hasta la salida de Nueva York no era ya visible. Por un momento, aquel enorme camión que sabía aguantar las mayores velocidades permitidas en el casco urbano, le había parecido algo más que un simple mastodonte para mudanzas.

Llegaron ante la casa.

Silencio. Un silencio completo y total. Eso era lo convenido con los hombres de Butler.

Detuvo el coche ante la puerta, que estaba entornada, y ayudó a descender a la niña, pero por una precaución instintiva dejó las llaves de contacto puestas y el motor en marcha.

—Anda, dame la mano.

La pequeña obedeció.

Era maravillosa su ingenuidad, el candor con que se dejaba conducir por la mano de su propio verdugo.

Pero este pensamiento no parecía pasar ni por un instante por la mente de Betty Taylor.

Entraron en la casa.

Ruinas y abandono por todas partes. Olor a humedad. En un rincón, junto a las paredes desconchadas, había excrementos de rata.

La niña lanzó un gemido.

—¡Esto no es una clínica! ¡Me has engañado! ¡Esto no es una clínica!

—¡Calla!

Betty Taylor apretó su mano con fuerza. Como la niña intentaba soltarse, le retorció un brazo.

El chillido de la pequeña se oyó en toda la casa, pero la casa parecía estar vacía.

—¡Entra en esa habitación! ¡Pronto!

La empujó hacia un cuarto que tenía la puerta entornada. La pequeña volvió a chillar.

El cuarto estaba destartado, como todos, y sólo tenía un ventanuco por el que difícilmente podía pasar un cuerpo humano. Betty se atrevió a soltar allí a la niña.

—¡Quieta! ¡No grites! ¡No grites o será peor para ti!

Mientras la niña se tapaba el rostro con las manos, llorando angustiosamente, Betty miró a través de la puerta entornada. Lo convenido era que al menos uno de los hombres de Butler estuviera allí.

Pero no se veía a nadie.

—¡Butler! —llamó—. ¡Butler! ¡Aparece de una vez, marrano!

Las facciones de Betty Taylor se habían deformado y ahora parecían las de una tigresa.

Vio algo a través del hueco. Algo que la hizo lanzar un chillido, cerrando de golpe la puerta.

Con las piernas flexionadas, igual que una loba en actitud de saltar, los ojos desencajados, Betty Taylor miró hacia la puerta.

Unos hombros recios la empujaron brutalmente.

La puerta, convertida en una amalgama de madera podrida, cedió. Dos uniformes azules aparecieron en el marco.

—¡Policía!



—¡Policía!

Betty Taylor no se dejó amilanar ante la temida palabra. No se dejó impresionar tampoco por los revólveres que la apuntaban. Era aquél un juego desesperado en el que cualquier movimiento podía significar la salvación o la muerte.

Y Betty se movió.

Fingió que iba a saltar hacia la ventana, y los dos agentes corrieron hacia allí para cortarle el paso. No se atrevieron a disparar a mansalva contra una mujer, y eso y el falso quiebro de Betty les hizo perder unos segundos preciosos.

Porque Betty les había engañado. No saltó hacia la ventana. Con una agilidad felina, a pesar de sus zapatos de alto tacón, se plantó en la puerta. Los agentes, que ya estaban junto a la ventana, dieron media vuelta demasiado tarde.

Uno de ellos aulló:

—¡Quieta!

Su calibre 45 ladró dos veces, pero las balas atravesaron inútilmente el marco. Betty ya estaba en la puerta de la casa.

Dos saltos más le bastaron para llegar a su automóvil, aunque una bala la arrancó cabellos de la cabeza. Los agentes disparaban con cierta vergüenza al tratarse de una mujer, y eso quitaba precisión a sus movimientos. Betty, dejándose caer en el asiento delantero del coche, entró la primera sin desembragar. La marcha aulló como si la rompiesen, y el coche se encabritó a punto de calarse, pero ya la mujer había dado gas bruscamente. Como un saltamontes, el «Thunderbird» fue durante unos instantes de un lado a otro, entre la hierba salvaje que rodeaba la casa.

Dos policías uniformados más llegaron corriendo desde el lindero del bosque.

—¡Cuidado!

Betty, que ya se había hecho dueña del vehículo, iba hacia ellos. Dispararon dos veces y atravesaron el parabrisas, pero sin resultado, porque la conductora iba casi materialmente echada sobre el diván delantero. Tuvieron que arrojar a tierra para evitar ser atropellados.

Desde allí, girando sobre sí mismos, tiraron rabiosamente contra las ruedas del coche, pero éste ya se había movido en zig-zag

con un terrible aullido de llantas. Desde la casa, los dos agentes que habían entrado en primer lugar saltaron como lobos.

Betty enfiló el morro del coche hacia el camino arenoso. Pero sabía que los policías que la habían acorralado no eran unos novatos. Cien contra uno a que había un coche patrulla detenido e interceptando el camino en su cruce con la carretera.

Seguir por allí era como meterse en la trampa.

Por eso Betty apretó a fondo el gas, extrajo la radio a transistores que el coche llevaba acoplada y la apoyó en el pedal. De este modo la velocidad se mantenía, al haber un peso sobre el acelerador del vehículo. Abrió la portezuela y saltó.

Se desgarró la falda y se rompió las medias, pero Betty sabía caer. No estuvo en tierra más allá de unos segundos, mientras el coche aullaba, perdida la dirección, hacia el final del camino.

Ella descendió por un terraplén y se encontró dos minutos después en la carretera, pero bastante más abajo de donde debía estar aguardando el coche patrulla. Oyó entonces una horrisona explosión. El «Thunderbird» debía haberse estrellado contra un árbol.

Seguramente se incendiaría, y los agentes tardarían largos minutos en darse cuenta de que no había nadie dentro de la pira.

Betty, una vez en la carretera, fingió arreglarse sus destrozadas medias. Un automóvil, que pasaba a buena velocidad frenó como si a su conductor lo hubiese hipnotizado.

—¿Va a Nueva York?

Betty se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Y subió con gesto desenvuelto, ante la mirada hipnotizada del hombre.

Pero tuvo buen cuidado de que éste no viera lo que había bajo los cabellos, en la otra mitad del rostro.

DOCE

Cuando Butler vio saltar en dos la cabeza de su compinche, lanzó un aullido y corrió a apoyarse en una de las paredes, resbalando como un gusano hacia la puerta que daba al museo.

Con su «Luger» hizo dos disparos, pero sin saber exactamente a dónde. Sólo había visto una sombra que seguramente penetró detrás de Kid Janiro sin que lo advirtiesen. El mismo Kid Janiro se pegó a él, buscando también desesperadamente la salida.

Demasiado tarde se dieron cuenta de que les atacaba un hombre solo. Cuando otra bala picoteó en la pared, junto a la oreja de Butler, éste creyó que tenía allí a toda la Metropolitana. Penetró en el museo rodando por tierra, al igual que Kid Janiro.

—¡Pronto! ¡Fuera!

Los dos hombres, jadeando, salieron por la puerta del museo. La calle desierta y silenciosa les pareció una trampa.

—¿Dónde tienes el coche, imbécil?

Las facciones de Kid Janiro habían cambiado. Estaban terriblemente crispadas.

—En la esquina. Ted está allí.

—Alguien seguía a aquella perra. Es una maldita trampa y no podemos perder un segundo. ¡Sal tú primero! ¡Pronto!

Kid salió pensando que en cualquier momento, desde uno de los descampados, les enviarían una ráfaga.

Butler fue tras él.

Ted estaba al volante del coche, tranquilamente, leyendo una revista solo para hombres.

Kid Janiro dio un rabioso codazo a su jefe.

—Era un hombre solo. ¡A esa chica la seguía un hombre solo! ¡Tenemos que volver!

—No hay tiempo. Al fin y al cabo, lo de allí no es tan importante. De la mujer ya nos ocuparemos, y el clérigo no es fácil

que quiera declarar ante un tribunal. ¡Vamos!

Consultó su reloj. Faltaba una hora para las ocho y media.

Kid Janiro no estaba convencido.

—¡Repito que es una idiotez dejar unos testigos así a nuestra espalda! ¡Podemos volver y los asamos en dos minutos! ¡Nadie nos ha visto y nadie nos oirá!

—La chica ya estará libre —gruñó Butler—, y no era una cualquiera. Si le han dado un arma, la manejará mejor que muchos hombres. Y el tipo aquel tiraba endemoniadamente bien. Repito que es peligroso. Mejor es conformarse y dejar las cosas como están. Podría ser peor aún.

El del volante les miraba con expectación.

—¿Vamos? —preguntó.

—Vamos —gruñó Butler.

Realmente no tenían tiempo que perder.

La «fiesta» empezaba a las ocho y media.

Norma Tucson abrió mucho sus asombrados ojos al ver aparecer a Nick entre las sombras que rodeaban una puerta al fondo de la sala.

Nick llevaba aún una pistola humeante en la mano derecha. Era una «Smith-Wesson» calibre mediano, ideal para tirar a corta distancia.

La muchacha susurró:

—¿Tú?

Nick guardó la pistola.

—¿Creías que era tan inocente como para dejarte venir sola? Pensé seguirte y te he seguido sin que te dieras cuenta. Estaba seguro de que tarde o temprano necesitarías mi ayuda.

Ella intentó ponerse en pie, pero no pudo.

—Desátame. Me han ligado las manos con alambres. Si sigo un minuto más así, se me van a destrozar las muñecas.

El la liberó en un par de minutos. Miró entonces al clérigo, que empezaba a recobrar el sentido.

—¿También lo han atacado?

—Y está peor que yo. A él lo han tenido atado durante toda la mañana. Debe tener las manos medio gangrenadas ya.

Nick se apresuró a liberarlo. El hombre le dio las gracias casi sin voz, mientras se frotaba las muñecas dificultosamente.

—No sabe el favor que me hace... ¿Quién es usted?

—Me llamo Nick, y aunque no tengo ninguna relación con la policía, necesito hacerle algunas preguntas.

—Pregunte... lo que quiera.

—¿Por qué lo han atacado?

—Sólo sé... lo que he dicho a esa señorita. Me inmovilizaron aquí... Yo estoy siempre solo y no hay cultos por la mañana... No han robado nada, pero oí mido en la iglesia... También oí que se llevaban la furgoneta. Es una furgoneta negra... No han vuelto a traerla.

Nick miró a Norma Tucson con expresión desconsolada.

—No hemos adelantado un paso. ¡Esto nada tiene que ver con Mónica! ¡Estábamos equivocados!

Norma se había puesto en pie dificultosamente. Se daba cuenta de que su intuición le había fallado aquella vez. En efecto, no habían adelantado nada. ¿Existía alguna relación entre Butler, Kid Janiro y la desaparición de Mónica? No lo sabía, pero casi estaba segura de que no. Se había equivocado completamente.

¡Y ya no podía rectificar! ¡El día estaba a punto de consumirse! ¡En cualquier sitio donde se encontrase Mónica, ya estaría muerta!

Norma sentía que la cabeza le daba vueltas.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el clérigo, poniéndose en pie poco a poco—. ¿Avisar a la policía?

Nick miró el cuerpo del hombre al cual acababa de destrozar la cabeza.

—Claro que tiene que avisar a la policía. No puede dejar eso aquí. Telefonee y explique lo que ha sucedido.

—De acuerdo. Voy a buscar el teléfono.

—¿Dónde lo tiene?

—En el templo.

—Vamos.

Los dos jóvenes le acompañaron. Al llegar al templo se dieron cuenta de que era triste, como la mayor parte de los templos protestantes. Pero no se fijaron demasiado tiempo en eso. Lo que les llamó la atención fue algo, al parecer, mucho más inocente.

Una fotografía.

Una simple fotografía enmarcada en la que se veía a varios hombres y al clérigo que ahora estaba junto a ellos cargando un

ataúd en una furgoneta negra. El pie de la foto decía: «Entierro de míster Stuart Hotchison, benefactor de este templo».

—¿Es que ustedes tienen licencia para efectuar entierros? — preguntó Norma Tucson con un soplo de voz.

—Sí... Claro que sí. En el cementerio presbiteriano que está aquí cerca.

Norma sintió que la cabeza le daba vueltas. Tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

TRECE

La acera frontera a la escuela se había ido llenando de gente. Casi todos los padres acompañaban a sus hijos para la gran fiesta preparatoria de la de Navidad. En el salón de actos de la escuela iban a reunirse más de doscientas personas.

Boby llegó con su cartera, donde llevaba también las partituras para su interpretación de aquella noche.

Su madre le dio un beso y preguntó:

—¿Ya habéis limpiado la batería? La última vez, al tocarla, despedía una nube de polvo.

—Ya estará montada sobre la tarima, y la habrán limpiado bien. ¿Dónde vas a colocarte tú?

—En la octava o novena fila. Ya te veré.

—Siento que no esté papá.

—Yo también, pero ya te oírás tocar para Navidad. Ese día no suelen darle servicio.

Los pequeños entraban acompañados de sus padres. Boby entró también, y su madre pasó a la sala por otra puerta.

El pequeño seguía llevando su cartera en la mano.

En aquel momento, una furgoneta negra que parecía ser usada únicamente para entierros se detuvo ante el colegio. De ella no descendió nadie. El motor siguió en marcha.

La acera se iba despejando rápidamente. A los que se fijaron en aquella furgoneta no les causó ninguna impresión de sospecha, sino más bien una impresión lúgubre. Pero no volvieron a pensar más en ella.

Dentro de la caja de la furgoneta, Butler y cuatro de sus «torpedos» se pusieron en pie.

—Hemos llegado —dijo sencillamente Butler.

—¿A dónde?

Era Sturzer, uno de los veteranos, el que había preguntado. La

verdad era que ninguno de los cuatro «torpedos» sabía nada de aquella misión. Siguiendo la costumbre, Butler les iba a informar de lo más preciso en el último instante.

—Estamos ante una escuela —dijo lacónicamente—, pero no creáis que por eso el trabajo es menos importante. Se trata de algo esencial para nosotros; vida o muerte.

Sturzer susurró:

—¿No será la escuela en que baleamos a...?

—Exacto. La escuela en que baleasteis al fiscal ayudante Morrison. La misma que la policía ha estado vigilando atentamente hasta hace sólo un par de horas.

—¿Y ya no hay policías?

—Ninguno. Todo ha sido bien preparado.

—Está bien. ¿Qué hay que hacer?

—Lo más sencillo que puede hacer un hombre que sepa manejar el revólver.

—¿Y qué es lo más sencillo que puede hacer un hombre que sepa manejar el revólver? —preguntó mordazmente Sturzer.

—Matar a un niño.

Una corriente helada pareció pasar por encima de los cuatro rostros, que, sin embargo, no cambiaron de expresión ni por un solo segundo.

—¿Ese niño está ahí dentro?

—Sí.

—¿Y por qué hay que matarlo? ¿Qué es lo que sabe? ¿Qué es lo que tiene en sus manos?

—El informe del fiscal ayudante Morrison.

—A ver. Explícate bien.

Butler, cuyo rostro ya no reflejaba ninguna de las emociones vividas en Harlem, carraspeó:

—Como todos sabéis, el fiscal ayudante Morrison había preparado un informe completo sobre nuestras actividades. No un informe más, sino un conjunto de pruebas que hubieran sido pura dinamita en poder del fiscal del distrito. Todos sabéis lo que ocurre con una organización como la nuestra. Es inatacable mientras se le tiene miedo, mientras los testigos no declaran contra ella y mientras los fiscales no tienen pruebas. Entonces lo más que se puede sufrir es una leve condena por evasión de impuestos. Pero cuando caen

los jefes y cuando alguien «corroborar»^[1], puede decirse que los días de la organización están contados. Y entonces las penas que aguardan son casi siempre de silla eléctrica.

Butler hizo una leve pausa, escrutando atentamente los rostros de sus hombres, y luego continuó:

—Las pruebas que había logrado reunir el fiscal ayudante Morrison fueron concluyentes. Reconozco que no le prestamos atención al principio, y su labor callada y eficaz hubiera podido ser terrible para nosotros. Pero reaccionamos a tiempo y robamos en su oficina la fotocopia de toda la documentación al verla, os confieso que sentí un escalofrío en la espalda. Fue entonces cuando di la orden de «cazar» como fuese a Morrison, que tema los originales. Fue visto frente a esta escuela cuando trataba de desorientarnos marchando a pie. Logró penetrar en el edificio, y ocultó en algún sitio los originales de su informe. Cuando acabamos con él y registramos su cadáver, ya no llevaba nada encima.

Sturzer masculló:

—Lo sé. Yo mismo participé en eso.

Butler tragó saliva.

—Desgraciadamente no hubo tiempo para registrar la escuela. Y a partir de entonces lo mismo que pensamos nosotros lo pensó la policía; que los informes estaban ocultos allí. Pusieron cinco hombres entre los maestros suplentes y uno más como jardinero, creyendo que así nos desorientaban. Tres de ellos eran especialistas en registros, y removieron discretamente la escuela, no dejando un rincón por examinar. Los otros dos, entre ellos el «jardinero», eran los mejores gatillos de que dispone la Metropolitana. Uno solo de nuestros hombres que hubiera tratado de entrar allí habría acabado con ocho balas en la cabeza.

—A nadie le gusta acabar con un cargador entre los ojos —susurró otro de los «torpedos»—. ¿Pero ya no están todos esos gorilas ahí? ¿Es seguro que se han ido?

—Completamente seguro. Nunca habremos hecho nada tan fácil como lo de esta noche.

—¿Cómo has conseguido que se fueran?

—Con lo de Betty Taylor.

—Explícate.

Butler tragó saliva otra vez. Aunque quería mostrarse tranquilo,

estaba algo nervioso. Ya había mirado el reloj un par de veces, aunque sabía que no había empezado la fiesta.

—Los policías se habían dado cuenta de que también vigilábamos la escuela, buscando una oportunidad. Eso resultaba inevitable porque no son tontos. Entonces comprendí que no había más remedio que echarles un hueso en otra dirección, para que se fueran tras él. Contraté a Betty Taylor, sabiendo que apenas la oliesen perderían el mundo de vista y se echarían como lobos tras su rastro. Propuse a Betty un delito de los que llaman la atención y que además era su especialidad: raptar a una niña.

—Pero tú no conocías a Betty... —dijo Sturzer.

—¿Y qué? Su eficacia estaba bien comprobada. Me la recomendó Conan. Habían trabajado juntos.

—Cierto... —reconoció otro.

—Apenas esos perros de presa vieron que Betty se ponía en movimiento, perdieron el mundo de vista como yo había calculado. Pensaron que lo que habíamos estado preparando era precisamente aquello, y sólo desearon ya hincar el diente en las pantorrillas de esa mujer, sin acordarse para nada de nosotros. La escuela quedó completamente desguarnecida y nosotros tenemos ahora vía libre.

Todos los hombres menos Sturzer hicieron un gesto de aprobación. Sturzer no parecía aún del todo convencido.

—¿Qué tiene ese niño al que hemos de dar para el biberón?

—Los informes del fiscal ayudante Morrison.

—¿Cómo lo sabes?

—A pesar de la vigilancia de la policía, hemos hecho algunas averiguaciones durante los días últimos. Además hemos hecho deducciones. Ese niño tiene la manía de esconderse. Debió toparse con Morrison cuando éste vagaba desesperado por la escuela, tratando de esquivarnos. Morrison, pensando que iba a morir, le entregó los documentos.

—¿Y el crío los ha guardado durante todo este tiempo?

—Los ha guardado en su cartera. El chiquillo está asustado porque sabe lo que le ocurrió a Morrison. No se atreve a hablar con nadie de lo que sucedió. Pasa horas y horas escondido, dominado por el terror.

—Bueno —exclamó otro de los «torpedos»—, pero ese niño saldrá de la escuela, irá a su casa...

—Claro.

—¡En nombre del infierno! ¿Y no hubiera sido más sencillo pegarle un tirón a la cartera o arrollarlo con un automóvil? ¿A qué vienen tantas complicaciones?

Butler miró a su subordinado con una expresión extraña, como si en su interior le estuviesen llamando pequeño idiota.

—Ese niño —susurró— es el hijo de «Murder» Sabanag.

Los que escuchaban a Butler dentro de la furgoneta quedaron con la boca abierta de una forma extraña, absurda. Sus ojos extraviados rodaron unos momentos por el techo del vehículo, como persiguiendo una de esas repugnantes moscas que entran en los ataúdes.

Sturzer susurró:

—¡El hijo de «Murder» Sabanag! ¡Ahora lo comprendo todo!

—El fiscal ayudante Morrison le conocía, y por eso no tuvo inconveniente en entregarle el informe, a fin de que lo hiciera llegar a manos de su padre quien con toda seguridad lo entregaría al fiscal del distrito. «Murder» Sabanag lo acompaña todos los días al venir al colegio, e intentar algo entonces ser ría una locura. Por la noche, al salir, le sigue el «jardinero» a cierta distancia. Como os he dicho, ese hombre es uno de los mejores gatillos que tiene la Metropolitana. Nos hubiéramos expuesto a un fracaso, y un fracaso sería fatal porque con él indicáramos a lo policía dónde está el informe de Morrison. Éste es un trabajo que hay que realizar con absoluta seguridad, y por eso fié preparado lo de esta noche.

—¿Cuál es tu plan?

—Muy sencillo. Como os he dicho, ahora ya no hay aquí vigilancia de ninguna clase, y esto vuelve a ser una escuela como tantas otras. Los niños celebran una fiesta que al mismo tiempo servirá de ensayo para el gran festival de Navidad. Tienen una orquesta, y el hijo de Sabanag maneja la batería. A su lado dejará la cartera donde lleva las partituras... y también el informe del fiscal Morrison.

—¿Qué hay que hacer?

—Algo que no puede fallar. Tú, Sturzer, subirás a la cabina de proyección. Hoy no hacen películas para los niños y la cabina estará vacía.

—Bien.

—El niño estará con la batería a la izquierda de la orquesta, casi enfrente de uno de los orificios por donde se proyecta la luz durante las sesiones de cine. Como la sala no es muy grande, aunque tiene dos pisos, la distancia entre tú y el pequeño será de unos cuarenta metros.

—¿A dónde...?

—Sacar tu escoba.

Sturzer sacó de bajo el gabán un rifle plegable partido en dos piezas, el cual montó ante los ojos críticos de Butler.

—¿Está bien comprobado?

Sturzer pareció ofenderse.

—¿Ha fallado alguna vez?

—Nunca, pero es necesario que no falle hoy tampoco. A cuarenta metros, sobre un blanco inmóvil y con este rifle de precisión, no puedes fallar de ningún modo. Incluso puedes apoyar el cañón en la base del orificio, para asegurar el tiro.

—No necesito consejos.

—Está bien. De ti depende la parte fundamental del plan. En la guerra te clasificaron como uno de los diez mejores tiradores con arma larga de todo el Ejército de los Estados Unidos. Ahora tienes que hacer honor a esa fama.

—La haré, descuida.

—Tira al corazón del niño.

Las facciones de Sturzer no se alteraron lo más mínimo.

—Bien —dijo solamente.

—Si lo hirieras —continuó Butler—, y tuviese tiempo de hablar, es fácil que mencionara lo del informe de Morrison. Entonces la policía sabría que habíamos sido nosotros y se lanzaría sin contemplaciones a la caza. Es posible que interviniera el F.B.I.

Yo sé de algunos de esos gorilas con placa que en cualquier callejón han clavado una bala en la nuca a un hombre cuando le conminaban a que dejase caer su arma. Luego han enseñado al fiambre con la pistola entre los dedos y todo el mundo se ha tragado el cuento de que había sido defensa propia. «Murder» Sabanag y sus compañeros obrarían así, y estoy seguro de que alguien, dominado por el terror, acabaría confesando. En cambio, si el niño muere, será un crimen inexplicable. Sólo Morrison y él habrían conocido el paradero del informe y los dos habrían pasado

ya por el depósito de cadáveres. Ni una sola pista consistente después de tu disparo, Sturzer. Nada.

—Perfecto —dijo otro—. No tienes escrúpulos, pero al menos he de reconocer que tienes talento, Butler. ¿Cómo conseguiremos llevarnos la cartera del pequeño?

—Ésa es misión de Rikky.

Señaló con el mentón a uno de los «torpedos», que acababa de llegar de San Luis y resultaba en Nueva York completamente desconocido. Rikky tenía una cara de buena persona que hubiera dado el pego incluso a un adivino.

—Cuando el niño caiga, tú, Rikky, que habrás estado esperando tras el telón que habrá a espaldas de la orquesta, saltarás fingiendo querer ayudarle, y darás un puntapié a la cartera para que vaya a parar al otro lado del telón. Tú, Sandro, la recogerás y saldrás a toda velocidad por una de las tres ventanas que hay detrás del escenario, y que verás en seguida. Rikky se escabullirá apenas la gente se eche también encima de la orquesta.

—¿Qué haré yo? —preguntó Sam, otro de los «torpedos».

—Venir conmigo.

—¿A dónde?

—A la habitación que tenemos alquilada justamente frente a la escuela. Hay allí otro hombre también. Nosotros nos encargamos de cubriros la retirada por si a última hora aparece por allí algún coche de la policía u ocurren imprevistos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijeron todos con unanimidad.

Sturzer volvió a guardar el rifle y salió en primer lugar de la furgoneta, penetrando tranquilamente en el edificio de la escuela, cuyas puertas estaban abiertas. Luego saltaron Rikky y Sandro. Butler y Sam salieron los últimos, después de que la furgoneta fue aparcada, pero con el motor en marcha.

Nadie les había visto.

Sturzer subió fácilmente a la cabina de proyección, que en efecto estaba solitaria, y vio desde allí al niño colocado enfrente de la batería. Montó el rifle. El tiro era asquerosamente fácil.

Rikky y Sandro se colocaron detrás del telón, ocultos en las sombras, atentos a la señal que el disparo significaría.

Butler llegó a la habitación que tenían alquilada. Desde allí oyó el ruido formado por la banda al atacar la marcha de la escuela.

—Hola —dijo alegremente.

Y de pronto arqueó bruscamente las cejas.

Porque Betty Taylor estaba allí.

CATORCE

La mujer había cruzado provocativamente las piernas, a pesar de que llevaba las medias rotas, y ahora miraba a Butler con su único ojo visible. A Butler, no supo bien por qué, no le gustó aquella mirada.

Pero las primeras palabras de Betty le tranquilizaron.

—Todo ha salido mal —dijo—. No sabes cuánta lo siento, Butler. No ha sido culpa mía.

—¿Y la niña?

—He tenido que dejarla en la casa, en poder de los policías. Ellos han llegado antes que tus hombres. Debían estar vigilando.

—No lo comprendo... —susurró Butler, fingiendo estar realmente aturdido. Y lo fingió bien.

—Por eso me ha gustado trabajar siempre sola, o a lo máximo con Conan —susurró ella—. Una puede estar segura de sus planes, pero nunca de los planes de los otros. Aunque reconozco que no es culpa tuya, Butler.

—No lo es. ¡Yo pensaba obtener quince mil dólares por esa niña!

—Y a mí me hubiera gustado romperle la nuca. Nunca he visto una chiquilla más estúpida. Pero ahora estará sana y salva en poder de esos malditos.

Butler miraba atentamente las piernas de la mujer.

—Veo que has tenido una fuga accidentada, pero aun así no comprendo cómo has podido escapar...

—Siempre tengo suerte —dijo ella, poniéndose en pie y haciendo un elástico y cimbreado movimiento de cintura.

Butler, vencida su inicial desconfianza, la devoraba con los ojos. Pensaba que aunque tuviese que pagarle los ocho mil dólares convenidos no iba a ser, después de todo, mal negocio.

—Tú y yo tenemos que hablar más extensamente, nena —jadeó con la respiración alterada—. Voy a pagarte de todos modos lo que

te dije. Pero tendrás que venir conmigo esta noche.

Ella hizo un gesto pícaro.

—Puede que te lleves un desengaño, Butler. Dicen que tengo el cuerpo muy bonito, pero la cara no. ¿No sientes curiosidad por saber cómo es mi otra mejilla?

Butler tragó saliva otra vez. Estaba ansioso.

—Dicen que te abrasaste. Aseguran que es horrible...

—¿Pero no sientes curiosidad por verlo?

Butler pensó que de todos modos habría de enterarse aquella noche.

—Bueno... —susurró con los ojos brillantes—. Retira tu cabello...

La mujer lo retiró con un gesto suave y lleno de coquetería.

Los ojos de Butler se desencajaron, giraron como bolas locas, se salieron de sus órbitas.

—Nooooo... —aulló—. ¡NOOOOO!

QUINCE

El rugido de Butler se confundió con el rugido de los otros dos hombres que estaban en la habitación.

La mujer, con la mano izquierda, mantenía suavemente los cabellos en alto, componiendo una figura llena de seducción y picardía. Sus dos mejillas, la que todo el mundo había visto y la que según era fama nadie había visto jamás, estaban ahora al descubierto.

¡Y en la «mejilla prohibida» no había ninguna cicatriz! ¡Era tersa, limpia y seductora como la otra!

Butler, fuera de sí, llevó la mano derecha a su funda sobaquera, donde guardaba la «Luger».

—¡Tú no eres Betty Taylor! ¡Tú nos has engañado! Tú eres...

—Yo me llamo Betty también, pero Betty Darrow —musitó ella sin perder la sonrisa—. La auténtica Betty Taylor murió en el penal poco después de recibir vuestro mensaje y dar su conformidad para el «trabajo». Yo me ofrecí para sustituirla y ver qué clase de «trabajo» era el que se preparaba. Me favorecía el que ninguno de vosotros me hubiese visto nunca. Y a ti te falló el plan, Butler... Me habías contratado como cebo para la policía, pensando que me capturarían, pero ahora he vuelto aquí... ¡a trabajar como verdugo!

Butler, ciego de rabia, tenía ya en la mano su «Luger». Creyó que podría disparar.

Pero la muchacha ya tenía una pequeña pistola niquelada en la mano. La había sacado de uno de los bolsillos de su vestido, aprovechando, como un prestidigitador, el momento de distracción de todos cuando sus ojos fueron hacia la «mejilla prohibida». Sin ninguna contemplación, sin vacilar un solo segundo, disparó.

La pequeña bala del 7'65 fue suficiente, a aquella corta distancia, para atravesar limpiamente la cabeza de Butler. Éste lanzó un grito y cayó hacia atrás, mientras el dolor parecía

descender a todo su cuerpo, fundido con su propia sangre.

Los otros dos hombres no se habían movido con tanta rapidez, aunque estaban preparados para situaciones como aquella. Durante unos segundos miraron hipnotizados a la falsa Betty Taylor, y eso les resultó fatal. Dos balas de la pequeña arma niquelada fueron a su encuentro en aquellos instantes decisivos. Uno sintió atravesada su yugular y expulsó una angustiada bocanada de sangre. El otro recibió el plomo en el corazón y cayó al suelo como un fardo, sin darse cuenta de que moría.

Betty sopló en el cañón de su arma.

Los estampidos habían sido claramente audibles, pero eso formaba parte de su plan. Guardó la pistola y salió tranquilamente de la casa por una de las puertas traseras cuya existencia le habían enseñado cuando creyeron que era Betty Taylor.

Apagados y lejanos, los estampidos llegaron a la sala de fiestas de la escuela en un momento en que la orquesta interpretaba suavemente. Pero todos pensaron que se trataba de las detonaciones de un tubo de escape en mal estado. Sólo el hombre que estaba en la cabina de proyección, con el rifle preparado, tenía el oído lo bastante educado para saber que aquellos estampidos eran disparos de pistola.

Algo había fallado.

Si no se daba prisa, si perdía unos segundos más, podía salir de allí con los pies por delante.

Apuntó bien.

El blanco era visible y estaba quieto. Sturzer se dijo que podía disparar en el momento en que hiciese sonar los platillos de la batería. El disparo casi no sería audible.

Abajo, en la sala, la madre de Bobby miraba a su hijo con los ojos húmedos, cargados de emoción. Allí estaba el que un día, cuando transcurriesen muchos años, cerraría sus ojos de madre...

Bobby le sonrió.

Ahora le correspondía entrar a él. Se dispuso a golpear los platillos de la batería.

Esperó la señal del director.

Cuando éste le dio la entrada, dirigió una última mirada a su madre y golpeó los platillos dos veces.

Frente a él, en la cabina, invisible para los ojos del niño, un

hombre de facciones impasibles había contenido la respiración.

Sturzer se dijo que aquél era su momento, que no podía ni debía fallar.

Con la precisión de una máquina bien engrasada, apretó el gatillo.

Y sonó un disparo.

DIECISÉIS

Betty Darrow hizo un gesto de asco cuando bajó su pequeña pistola, después de atravesar a menos de dos palmos la nuca de Sturzer.

La terrible contracción de éste se había transmitido al rifle en el momento de disparar. El cañón, que apuntaba directamente al corazón del niño, se alzó cosa de tres pulgadas. La bala salió muy alta.

Betty susurró:

—Afortunadamente he llegado a tiempo.

En la sala se había producido un enorme tumulto. La orquesta había dejado de tocar, y los muchachos, petrificados, no sabían qué hacer. Los espectadores, sobre todo las mujeres, lanzaban agudos gritos.

Los dos tipos que estaban tras el telón, aguardando su oportunidad, se movieron al escuchar el disparo. Daban por descontado que el rifle de Sturzer habría logrado su objetivo, o sea que el pequeño Bobby estaba muerto. Rikky salió inmediatamente para dar un puntapié a la cartera.

Su asombro no tuvo límites al ver que el pequeño estaba allí, quieto, junto a la silenciosa batería.

—¡Sandro! —aulló—. ¡Sandrooooo...!

Fue su último grito.

Betty, que estaba en la cabina, lo derribó de un balazo en la cadera que no resultase mortal, para que luego pudiera declarar. Sandro asomó la cabeza al oír el grito, y también fue cazado por el propio rifle de Sturzer. Pero a éste la bala le voló la cabeza.

—No estoy en forma... —Gruñó Betty—. Yo había apuntado al hombro...

Dejó el rifle todavía colocado en el orificio, que formaba como una tronera, y descendió rápidamente por la escalerilla de metal

que llevaba desde la cabina a una de las salas del colegio. El tumulto allí era indescriptible, y mujeres y niños salían mezclados en confuso tropel. Mezclarse a ellos y encontrarse en la calle fue algo tan fácil como disolver un terrón de azúcar.

Una vez allí, Betty se dio cuenta de que el conductor de la furgoneta se había dado a la fuga con el vehículo. Pero era igual. Ya caería, como los demás, con las pruebas contenidas en el informe del fiscal Morrison.

Una manzana más allá había una cabina de teléfono público. Penetró en ella y marcó un número.

Le contestó una voz masculina.

—Oficina del fiscal del distrito. Dígame...

—Hola, Loverly —saludó ella al reconocer aquella voz.

—Hola, Betty.

—Misión cumplida. Dile a tu jefe que Butler y sus principales «torpedos» están muertos. El informe de Morrison lo tiene un niño, el hijo de «Murder» Sabanag.

—¿Hubo dificultades?

—Muchas. Butler logró engañarme. Creí de verdad que lo que pretendía era raptar una niña, y por poco termino el día en el depósito de cadáveres, al huir. La policía no estaba advertida.

La voz de Loverly, al otro lado del hilo, tuvo un carraspeo.

—Escucha, Betty; los que defendemos la ley en Nueva York nunca te agradeceremos bastante...

—Nada de discursos, Loverly. Yo hago todo esto para vengar a mi hermana, y porque tú salvaste dos veces la vida de mi padre. Por cierto... Aunque esta vez he tenido que trabajar separada de Norma Tucson, necesito saber de ella. ¿Ha enviado algún mensaje?

—Sí, hace apenas un minuto. Ha telefoneado desde el cementerio presbiteriano de Harlem.

Betty susurró lentamente:

—Voy allá...

—Otra cosa, Betty.

—¿Qué?

—Se ha hecho la autopsia al cadáver de la auténtica Betty Taylor. En efecto, falleció de muerte natural. Pero antes de morir se había tragado un papel que tenía oculto en la colchoneta, donde constaban la dirección de Conan, en su refugio de las Montañas

Rocosas. El papel aún era legible. Hemos dado aviso a Carson City, y Conan, el cómplice en el asesinato de la niña, ha intentado resistir. No ha habido más remedio que alojarle una bala en la cabeza.

Betty susurró:

—Hubiera terminado en la silla eléctrica...

Y colgó lentamente.

Al salir a la calle, tuvo la suerte de cruzarse con un taxi libre. Lo detuvo y pidió que la llevaran a toda velocidad al cementerio presbiteriano de Harlem.

—¿A estas horas? —Gruñó el chofer.

—Tiene que prestarme ese servicio —dijo Betty—. Soy un vampiro que regresa a su tumba.

—¿Y no hay sitio para otro en el ataúd?

—Veremos...

Betty palideció de repente.

«Sitio para otro en un ataúd». ¡Claro! ¡El cementerio presbiteriano de Harlem! ¡La desaparición de Mónica, eliminada porque debía saber algo de la misión encomendada a la auténtica Betty Taylor! ¡Ahora lo comprendía todo!

—¡De prisa! —gimió—. ¡De prisa!

—Calma, nena. Los vampiros no os desintegráis hasta el amanecer, según dicen...

De todos modos la llevó en un tiempo récord al cementerio presbiteriano. Las puertas de éste estaban abiertas. Betty pagó la carrera y penetró corriendo en el recinto, que a la luz de las estrellas tenía un aspecto siniestro.

El chofer se quedó viendo visiones.

—Yo creí que hablaba en broma, pero... ¡a lo mejor es un vampiro de verdad! ¡Diantre!

Subió a su vehículo y escapó a todo lo que marcaba el cuentamillas.

Betty, entretanto, corría como alucinada entre las tumbas. Vio al fondo, entre unos cipreses, un resplandor de antorchas, y se dirigió hacia allí. La escena que presencié era digna de una pesadilla.

Un sepulturero terminaba de sacar las últimas paladas de tierra de una fosa, mientras un hombre le iluminaba con una antorcha. A su lado, Norma Tucson apuntaba al sepulturero con un revólver.

Betty sacó su arma también.

Por un momento, las dos mujeres quedaron una frente a la otra, separadas por la tumba, mirándose como alucinadas.

—No es necesario, Betty —susurró Norma—. Hemos tenido que amenazar al sepulturero para que nos mostrase la tumba y abriera la fosa, pero ahora está convencido de que no queremos nada ilegal. Sobre todo se convencerá cuando abramos el ataúd...

Las dos mujeres miraron al fondo de la fosa. Allí reposaba el ataúd enorme, de madera sencilla, con aquella simple inscripción en su tapa:

«B-4».

Nick puso la antorcha en el borde de la sepultura, saltó y abrió la tapa del ataúd.

Lanzó un grito de furia, de horror y de incredulidad al mismo tiempo.

Porque dentro no sólo estaba el cuerpo de Johnny Diccenta, electrocutado aquella madrugada. Estaba también el de una mujer. ¡El de su prometida!

¡El de Mónica!

Con manos temblorosas, la sacó de allí. Norma aplicó en seguida el oído sobre su pecho, y tras unos instantes de escucha levantó el rostro. Sus facciones, intensamente pálidas, habían recobrado el color.

—Vive... —susurró—. Ha debido desmayarse varias veces, pero aún no está asfixiada. Nick, practíquele la respiración artificial. Es suya...

Nick, jadeando, con lágrimas en los ojos, se esforzó por hacer respirar normalmente a la enterrada en vida.

—Un magnífico procedimiento para hacerla desaparecer sin dejar huellas —musitó Norma—. Ahora comprendo lo del novelista detenido. Un hombre disfrazado de clérigo, una carta falsificada... Y ya está todo. De ese modo Mónica no podría decir nada de lo que sabía acerca del encargo hecho a Betty Taylor, su compañera de celda. Convenía que la policía no supiese nada antes, que no tuviera tiempo de reflexionar ni de comprender que aquello podía ser una trampa.

—Pero afortunadamente —dijo Betty—. Mónica había hablado conmigo antes. Conmigo, que tampoco supe ver lo que se ocultaba

tras el rapto de la niña...

—Sin embargo, todo ha salido bien... —susurró Norma.

—Todo.

Las dos miraron los esfuerzos que Nick hacía para obligar a respirar a la inerte muchacha.

—Me da un poco de envidia Mónica... —susurró Norma—. El amor de Nick es muy grande. ¡Tan grande! Pero yo no debo pensar en eso.

—Por cierto, he pagado una deuda en tu nombre —susurró Betty.

—¿Cuál?

—He salvado a un niño llamado Bob Sabanag. Bob es hijo de la mujer cuya vida te confió aquel paracaidista de Varsovia. Han pasado los años, y ella se volvió a casar con un hombre que la ama. Salvando a su hijo, es como si le hubieses devuelto la vida a ella. Y estoy seguro de que el hombre que te hizo esa súplica sonreirá desde el reino de los muertos.

Norma, con los ojos nublados, susurró:

—Sí... Su lejana sonrisa que ya no veré nunca más.

Echaron a andar lentamente por el cementerio. El sepulturero, después de aquel insólito descubrimiento en el ataúd, había acudido a avisar a la policía, ignorando que ésta estaba advertida ya por el clérigo anabaptista y que se disponía a llegar con una ambulancia provista de quirófano.

Pero los cuidados médicos ya no iban a ser necesarios.

Mónica, llevada a la fuerza al templo, golpeada y encerrada en el ataúd, volvía a respirar.

¡Pertenece de nuevo al reino de los vivos!

Llegada del Más Allá, su corazón volvía a latir al compás del corazón del hombre que la amaba.

Nick, sollozando, dejó de practicarle la respiración artificial y la besó temblorosamente en los labios.

Norma y Betty estaban lejos ya.

Sus figuras se fueron haciendo poco a poco más borrosas a la luz espectral de las estrellas, más lejanas, más difusas.

El misterio de la noche las hizo desaparecer.

FIN

Clark Carrados
**MUERTE POR
CORRESPONDENCIA**

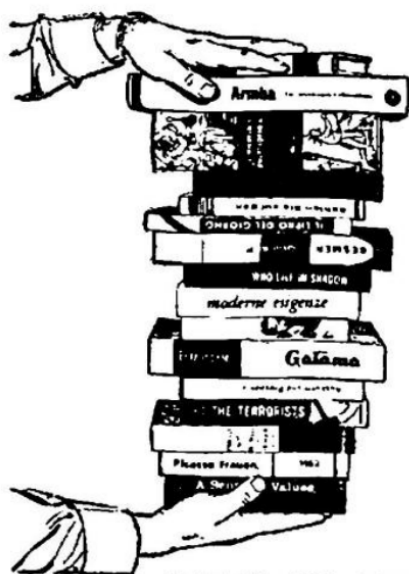


Cada página es una
sorpresa.
Cada línea una
escena emocionante.

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Precio:
7 ptas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Para
encontrar
la
respuesta.

NO

es
necesario
consultar
cien
libros

ZAS

tiene
cien
respuestas



**pequeños libros
de gran contenido**

24 títulos publicados Precio
300 en preparación 20 ptas.

¿Quién es **bob morane?**



FICHA

Nombre y apellidos: BOB MORANE

Edad: Menos de 30 años.

Profesiones: Ingeniero, Aviador, Periodista, Detective (aficionado), Agente Secreto (cuando se lo piden)

Deportes que practica: Judo (cinturón negro), Boxeo, Equitación, Pesca Submarina, Aviación, Paracaidismo

Estatura: Alto

Complexión: Atlético.

Cabello: Rubio, muy corto.

Ojos: Azules acero.

Situación militar: Comandante de la R. A. F. durante la guerra.

Una colección de libros
de aventuras que
leerá muchas veces.



COLECCION

marabú



BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
805 — Mary Vidal
RENCOR

COLEC. "MADREPERLA"
701 — Marta Adela Durango
PEDIRAS PERDON

COLECCION "ROSAURA"
645 — Matilde Redón
TORMENTA SOBRE
EL TEIDE

COLECCION "AMAPOLA"
532 — Corín Tellado
VUELVE A MI

COLECCION "ALONDRA"
466 — Carlos de Santander
LA MUJER DE SU DESTINO

COLECCION "CAMELIA"
407 — Luis Luzón
EL AMOR Y TU

COLECCION "CORAL"
75 — Corín Tellado
DE DISTINTO COLOR

COLECCION "CORAL"
213 — Corín Tellado
ADORABLE ESCLAVITUD

COLECCION "BISONTE"
746 — Meadow Castle
EL "FRONTIERMAN"

COL. "SERVICIO SECRETO"
610 — Silver Kane
ATAUD B-4

COLECCION "BUFALO"
443 — Alf. Regaldie
AMENAZADA DE MUERTE

COLECCION "TEXAS"
311 — Orland Garr
VICTIMA DE LA TRAICION

COLECCION "COLORADO"
285 — R. C. Ludsmall
LOS QUE DESPRECIAN
LA LEY

COLECCION "KANSAS"
201 — John Lack
EL IDOLO NO CAE

COLECCION "CALIFORNIA"
290 — A. Rolcest
EL AS NEGRO

Col. "HEROES DEL OESTE"
183 — M. Lafuente Estefanía
SANGRE EN EL VALLE

Col. "ASES DEL OESTE"
153 — Fidel Prado
LA MUERTE VISTE DE
COW-BOY

Colec. "BRAVO OESTE"
65 — Keith Luger
LA ULTIMA CARRERA

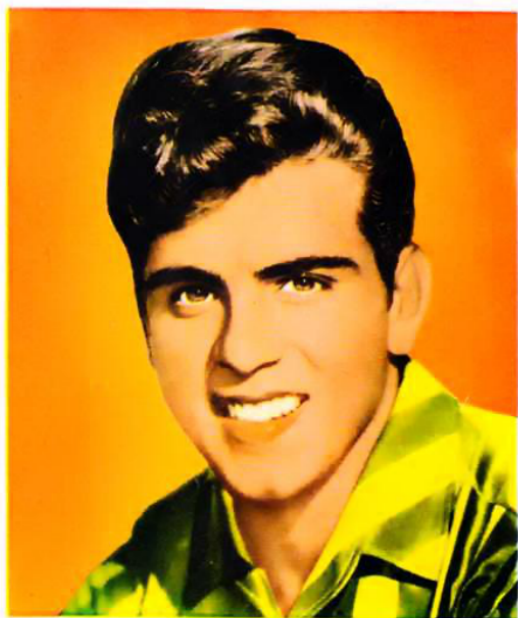
Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.



N.º 1465

Fabian

Joven cantante revelado también como actor, goza de gran popularidad entre la juventud americana. En España, lo hemos conocido como hermano de Stewart Granger en la película "Alaska, tierra de oro".

Foto 20th CENTURY-FOX



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptes. * Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] La “corroboración” es un requisito curioso de la justicia norteamericana. Ningún delito se considera probado si el testigo de la acusación ha participado en dicho delito como coautor o como cómplice. De este modo los fiscales se ven obligados a buscar sus testigos entre los que tenían conocimiento del delito, pero no participaron en él. Como los pandilleros tienen buen cuidado de que sólo conozcan cada “trabajo” los que van a efectuarlo, resulta casi siempre muy sencillo para los defensores lograr una absolución por falta de pruebas, a menos que se logre sembrar el pánico de tal modo en una cuadrilla que cada uno opte por salvarse a sí mismo. Eso explica también los “acuerdos” privados entre los fiscales del distrito y algunos famosos delincuentes, a los que prometen penas leves si declaran contra sus compañeros. (N. del E.). < <